

LORD ACTON

*Surgimiento y caída  
del Imperio mexicano*



CE  
972.07  
A1888s

EL COLEGIO DE MÉXICO





EL COLEGIO  
DE MÉXICO

Fecha de Vencimiento

Biblioteca Daniel Cosío Villegas  
Coordinación de Servicios

Fecha	Firma de Salida



3 9 0 5 0 8 0 5 7 5 5 W



*Surgimiento y caída  
del Imperio mexicano*



Lord Acton (1834-1902)

LORD ACTON

*Surgimiento y caída del  
Imperio mexicano*

Presentación, traducción y notas  
de Adolfo Castañón



EL COLEGIO DE MÉXICO

972.07  
A1888s

Acton, John Emerich Edward Dalberg-Acton, Barón, 1834-1902  
Surgimiento y caída del Imperio mexicano / Lord Acton ; presentación,  
traducción y notas de Adolfo Castañón. -- 1a ed. -- México, D.F. : El  
Colegio de México, 2006.  
62 p. ; 23 cm.

Ensayo publicado originalmente en el volumen II de *Selected Writings of  
Lord Acton*, que lleva por título *Essays in the Study and Writing of History*.  
Incluye referencias bibliográficas

ISBN 968-12-1247-9

1. México -- Historia -- Intervención europea, 1861-1867. I. Castañón,  
Adolfo. II. t.

*Open access edition funded by the National Endowment for the  
Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book  
Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons  
Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

Primera edición, 2006

**Edición no venal para obsequiar a los amigos de El Colegio de México**

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 968-12-1247-9

Impreso en México

## ÍNDICE

Presentación

*Adolfo Castañón*

9

SURGIMIENTO Y CAÍDA DEL IMPERIO MEXICANO

13

Cronología de lord Acton

*Manuel Álvarez Tardío*

53

Bibliografía

59



## PRESENTACIÓN

*No se sigue sino al hombre  
capaz de mandar.*

MAXIMILIANO DE HABSBURGO

Pocos saben que el autor de la frase “El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente” es el historiador y pensador político lord Acton (1834-1902). John Emerich Edward Dalberg-Acton fue una de las figuras más sobresalientes del paisaje intelectual y de la vida pública de la Inglaterra gobernada por la reina Victoria. Cambridge se rehusó admitirlo como estudiante a causa de su religión católica. Acton se educó en Alemania bajo la tutela del gran historiador y teólogo Ignaz von Döllinger (1799-1890), de quien aprendió los cimientos del método histórico y en cuyas enseñanzas históricas, filosóficas y humanas abrevó el resuelto y austero liberalismo que llegó a ser su rasgo distintivo. Su amistad con el primer ministro William Gladstone (1809-1898), lo llevó a ejercer un profundo ascendiente en la vida política de su país y aun de la época. Su poderosa y activa personalidad, su infatigable actividad editorial y periódica (en la revista católica *The Rambler*, en *The Home and Foreign Review*, en *The Chronicle* y en *The North British Review*), sus artículos, reseñas e intervenciones oportunas y puntuales lo llevaron a desempeñar un papel de primer orden en el movimiento católico liberal británico y aun europeo. Durante toda su vida trabajó por liberalizar el catolicismo y ponerlo en consonancia con el mundo moderno. En 1869, siguiendo a su maestro Döllinger, entabló una vigorosa oposición en contra de la promulgación del dogma de la infalibilidad papal. Luego de varios meses fue derrotado y estuvo a punto de ser excomulgado —como von Döllinger lo fue— y de arruinar definitivamente su salud. Hijo de la tradición católica y romana, en el orden de la política Acton fue un liberal convencido: “...inicié mi vida —decía— como sincero católico-liberal; en consecuencia, renuncié a lo que en el catolicismo no era compatible con la libertad, y en la política a lo que era incompatible con el catolicismo”. En el ámbito estrictamente universitario y académico, por medio de su cátedra como

*Regius Professor* de Historia Moderna en Cambridge de 1895 a 1902, Acton fue muy importante en la transformación de la idea y de la escritura de la historia y de la historiografía en Gran Bretaña. Gracias a su severa tenacidad, la historia evolucionó hasta transformarse en una disciplina rigurosa y científica, inspirada en el modelo de la investigación filológica alemana sin perder, al menos en su caso, su calidad filosófica, literaria y aun poética. Contribuyó con su acción y sus investigaciones a la fundación de la *English Historical Review*, en cuyo primer número publicaría un amplio y pormenorizado artículo sobre los historiadores modernos alemanes.

Aunque Acton siempre vivió preocupado por alcanzar una cabal y plena objetividad en la investigación de la verdad histórica, nunca dejó de hacerse cargo de la necesidad del juicio moral en la historia y de la imprescindible dimensión ética que suponen las preguntas en torno a su significado. El concepto de la libertad humana tenía que ser, por ende, medular en su geometría intelectual. A los ojos de Acton, la idea de libertad es imprescindible para escribir la historia del mundo y es el único principio rector de la filosofía de la historia. Este concepto lo lleva a ser uno de los herederos más solventes de la tradición del liberalismo clásico, entronizándolo como un pensador de alto relieve en el paisaje intelectual de su época y de la nuestra. Su análisis de la Revolución francesa y su evolución resultó premonitorio; fue un crítico del nacionalismo y de la legitimación de la masacre por el Estado. Sus penetrantes análisis de las fuerzas que alimentan y amenazan la libertad política e individual de las sociedades e individuos, su desconfianza y resistencia ante el poder del Estado, tienen mucho que decir al lector y al ciudadano de nuestra crispada edad. Lord Acton se interesó, desde luego, en la historia de Europa y en esa otra historia paralela que es la de Europa raptada en América. Viajó a Estados Unidos en 1855, y en 1856 asistió a la coronación de Alejandro II de Rusia. En 1857 visita Italia en compañía de su amigo y maestro Döllinger. De hecho, escribió extensamente sobre la Guerra de Secesión o guerra civil que sacudió a Estados Unidos de América a mediados del siglo antepasado (como muestran sus ensayos “The Civil War in America: Its Place in History” y “Reports on the Civil War in America”).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En: Lord Acton, *Essays in the History of Liberty (Selected Writings, vol. I)*. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.

Sus opiniones pesaron tanto sobre el primer ministro Gladstone que, en buena medida gracias a ellas, Inglaterra tomó partido a favor de los confederados del Sur. La escritura de estos ensayos revela al historiador como observador atento al menor detalle, al agente capaz de armar un paisaje inteligible con piezas sueltas y en movimiento. Estas mismas virtudes se transparentan en su breve y muy celebrado ensayo sobre el surgimiento y la caída del Imperio mexicano de Maximiliano. Pronunciado el 10 de marzo de 1868 ante los miembros de la institución literaria y científica de Bridgworth, Inglaterra, a once meses de verificados los hechos, el ensayo concentra, explaya y ordena en pocas páginas un cúmulo poco habitual de información, pero sobre todo ofrece una visión nítida y clara, a la vez veraz y humana de los hechos conocidos como Intervención francesa y Segundo Imperio. La visión que lord Acton da de Benito Juárez no sólo es exacta sino que será la imagen que la historia retendrá del gran estadista mexicano.

Por un momento, el que dura la lectura de esta pieza impecable, los actores y paisajes vuelven a cobrar vida y recobran un sentido por así decir trascendente gracias a la mirada penetrante y acuciosa del historiador. Leer a lord Acton no sólo es un buen ejercicio intelectual; es, además y ante todo, un placer para la inteligencia y la memoria. Es fama que Acton fue uno de los hombres más cultos de su época. Leía y escribía con la misma facilidad en inglés, alemán, francés, español e italiano. Jorge Luis Borges, al presentar en 1915 la obra dramática de Franz Werfel (1890-1945) *Juárez y Maximiliano* (1924), evocó así la figura de Maximiliano de Habsburgo; su juicio no contradice el de lord Acton: "Maximiliano es un hombre complejo y escrupuloso, a quien han extrañado las circunstancias en un mundo impecable. Antes de combatir está derrotado, porque lo desarman la piedad y la lucidez. Incurrir gradualmente en la culpa mexicana: la de admitir que su enemigo puede tener razón. Dicta decretos filantrópicos; ampara al peón y al indio. Obra de esa manera porque ya entrevé que su causa, intrínsecamente, no es justa. Mediante la derrota y de las traiciones (toleradas, íntimamente facilitadas por él), Maximiliano se transforma en su propio juez y en su propio verdugo. Siente un afecto inexplicable por Juárez."

En México, la lectura de lord Acton ha quedado reducida a círculos no por eminentes excesivamente limitados. En 1996, el benévolo y sagaz Natán Warman hizo circular una traducción suya del volumen I de las

*Conferencias sobre la Revolución francesa.* Esta traducción tomaba como punto de partida la edición que J.N. Figgis y R.V. Laurence, prepararon para MacMillan de Londres entre 1906 y 1910. En España sus *Ensayos sobre la libertad y el poder* fueron traducidos por Enrique Tierno Galván y presentados por Gertrude Himmelfarb para el Instituto de Estudios Políticos de Madrid en 1959. Cuatro décadas más tarde, en 1999, el mismo Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid, publicó una selección titulada *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*, en traducción de Beatriz Álvarez Tardío y con un estudio preliminar, edición y notas de Manuel Álvarez Tardío, quien también preparó una cronología que nos hemos permitido reproducir en esta oportunidad. La presente traducción puede ser leída como una invitación abierta para todos los interesados en las cuestiones que asocian el mundo de la ética y el conocimiento de la política y de la historia.

Lord Acton no publicó en vida ningún libro, pero la gran *Cambridge Modern History* en doce volúmenes fue una idea suya y existe como un monumento a su memoria, aunque sólo alcanzó a ver terminado el primero y la mitad del segundo. Dejó una biblioteca de 70 mil volúmenes que, junto con las notas de investigación que tomó a lo largo de toda una vida consagrada al estudio de la historia, pasaron a formar parte de la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Como datos curiosos, habría que apuntar que, al igual que Maximiliano de Habsburgo, lord Acton moriría un 19 de junio —pero de 1902— y que su hijo nacido en 1870 se llamó Ricardo Maximiliano.

Una selección de sus escritos, conferencias, artículos y ensayos se puede encontrar en los tres volúmenes publicados en 1985 por Liberty Fund de Indianapolis, bajo el cuidado editorial de J. Rufus Fears. El ensayo sobre el Imperio mexicano se encuentra en el volumen II de esta edición, que lleva por título *Essays in the Study and Writing of History*.

Agradezco al doctor Javier Garciadiego, presidente de El Colegio de México, la oportunidad de dar a conocer entre nosotros este valioso texto.

SURGIMIENTO Y CAÍDA  
DEL IMPERIO MEXICANO\*

\* Esta conferencia de lord Acton fue leída el 10 de marzo de 1868 en la Literary and Scientific Institution de Bridgnorth. Las notas han sido elaboradas por el traductor.



La escena de la tragedia que intentaré describir tiene lugar en un país sobre el cual una mano pródiga ha derramado los dones más preciados de la naturaleza, pero donde el hombre ha hecho hasta lo imposible por frustrar los designios de la Providencia. Su condición social está tan alejada de nuestra experiencia que debo pedir a ustedes que por esta noche olviden las máximas y aun los términos políticos que empleamos habitualmente.

México posee un territorio tres veces mayor que el de Francia, con la fertilidad de los trópicos y el clima de la zona templada, asentado entre dos océanos y en el futuro centro del comercio del mundo. Su riqueza en metales preciosos es tan formidable que llegará el tiempo en que el mercado se verá inundado con su plata, y su precio no permitirá que las minas de otros países trabajen con beneficios. Las únicas restricciones a su prosperidad son la precariedad de los puertos, la excesiva aridez de las planicies y la desaparición de sus bosques, una maldición que ha seguido casi siempre como una sombra los pasos del español.

Cuando Inglaterra reconoció la independencia de las colonias españolas, Canning<sup>2</sup> declaró que se había traído a la existencia un nuevo mundo para enderezar el equilibrio del viejo. Pero tendría que pasar mucho tiempo antes de que los nuevos estados justificaran esa exaltada afirmación, y todavía se cree por lo general que, en cuanto a logros políticos y materiales, contrastan para su desventaja con los de la República norteamericana. Esto ha dejado de ser cierto en la mayor parte de América del Sur, pues en algunas de estas vastas comunidades la población y el comercio crecen a un ritmo que excede al de la Unión.

México es la excepción más triste y más notable en medio del mejoramiento general. México es el orgullo del sistema colonial español, y el mérito por el cual fue superior al nuestro estriba en que logró preservar y civilizar parcialmente a la raza nativa. Los ingleses se asentaron en una región donde los nativos eran cazadores y recolectores nómadas que carecían

<sup>2</sup> George Canning (1770-1827), escritor y político británico de filiación liberal. Fue muy respetado en su tiempo y tuvo diversos cargos, además de ser un eminente miembro del Parlamento. A su muerte, se dijo de él que había sido "el más inglés de los hombres de Estado y el más patriota de los ingleses".

de destreza para el cultivo de la tierra y erraban por el occidente para eludir la mano de la civilización o evitar extinguirse a su contacto. Los colonos conservaron sus leyes heredadas, se mantuvo la pureza de la sangre europea, y el ominoso problema de la raza fue felizmente conjurado. Pero en México Hernán Cortés encontró a una población numerosa y ya establecida, que se asentaba en poblaciones, que trabajaba la tierra y, aunque brillante, superficialmente civilizada. Proteger, preservar y convertir a los súbditos, cuyo número excedía enormemente a los de sus conquistadores, era parte medular del sistema español; surgió entre ellos un pueblo de sangre mestiza, y así se dieron tres razas, separadas por una línea muy ancha, y aisladas por el orgullo y por la envidia del color. La nobleza india fue casi totalmente exterminada, y la tierra se distribuyó entre las familias de un puñado de conquistadores. Este ordenamiento de la propiedad subsiste sin cambios. Los nativos siguen sin tener ningún interés en la propiedad, y los inmensos latifundios no han sido subdivididos. En uno de los más ricos distritos sobre el Atlántico, a orillas de la costa y a lo largo de ciento cincuenta millas, un solo propietario es dueño de la tierra.

Una sociedad así constituida no podía forjar una nación. No había clase media, no había impulso a la industria, ni civilización común, ni espíritu público, ni sentido del patriotismo. No se toleraba que los indios adquirieran riqueza o conocimiento, y cada una de las clases era mantenida en la ignorancia de las otras y en un riguroso aislamiento; cuando, más adelante, los mexicanos se hicieron independientes, la dificultad estribaba no en deshacerse de las cadenas de la servidumbre sino en romper con la condición de menores de edad en que habían sido mantenidos, y en superar la incapacidad mental, la falta de espíritu de empresa, la falta de convivencia ente ellos mismos, y la ausencia de una ilustración que sólo nace en el intercambio con otras naciones. Formaron una república siguiendo el modelo de sus vecinos más afortunados, y aceptaron esos principios que son tan inflexibles en sus consecuencias como intransigentes en su aplicación. Pronto se comprobó que no había en el Estado un poder emprendedor capaz de equipararse al pesado lastre de una población semibárbara. La minoría inteligente era demasiado indisciplinada y estaba demasiado desmoralizada para elevar y sacudir a los millones de la raza india degradada. Los usos y costumbres de la autoridad y de la subordinación se fueron con

los españoles, y la capacidad de organización no podía existir en un pueblo que nunca había aprendido a ayudarse a sí mismo. No surgió ningún hombre de carácter y entendimiento superior. Los hombres eminentes de las diversas provincias aspiraron a conservar su propio poder mediante la continuidad de la anarquía; pactaban con la autoridad central tan pronto como cambiaba de manos, y destituyeron a treinta presidentes en treinta años. No existían las condiciones necesarias para un gobierno republicano. Había la mayor desigualdad social concebible entre los terratenientes acudados y las masas de indios, que no eran dueños ni de la independencia mental que confiere la educación ni de la independencia material que acompaña a la propiedad. Si había democracia en el Estado, la sociedad era intensamente aristocrática.

En México, la Iglesia era el mayor terrateniente, y no había tolerancia religiosa. La Iglesia lo era de toda la nación, ella era para los nativos la única maestra de la ley moral, el canal único a través del cual el pueblo podía tener acceso a la civilización de la cristiandad. De ahí que el clero gozara de una influencia de la que no ha habido ejemplo en Europa durante los últimos quinientos años, y que formara la base vigorosa de una aristocracia y el más serio obstáculo para la realización del principio democrático que prevalecía nominalmente. Para establecer una democracia real, lo primero que había que hacer era reducir este inmenso y artificial influjo. Durante los últimos doce años,<sup>3</sup> éste había sido el objeto constante del Partido Liberal.<sup>4</sup> Era una guerra de principios, una lucha por la existencia de cada bando, en la cual resultaba imposible la conciliación y que sólo podía concluir con la ruina de una de las dos fuerzas contendientes.

Ahora, y mientras el conflicto sólo estuviese confinado a América, los liberales mexicanos no podían ser completamente derrotados, pues contaban tanto con la indudable simpatía popular como con los recursos de Estados Unidos. Tarde o temprano, el fin llegaría, se confiscarían todas esas

<sup>3</sup> Es decir, en 1855. Con el triunfo del Plan de Ayutla en ese año se acentuó el movimiento para enajenar los bienes de la Iglesia por parte del Estado. El presidente Comonfort expidió una serie de leyes que franqueaban la intervención del gobierno en los bienes de la Iglesia, en particular la llamada Ley Lerdo.

<sup>4</sup> Acton escribe en realidad, *Democratic Party*, pero se trata del Partido Liberal, fórmula que se ha adoptado a lo largo de esta versión.

tierras en manos muertas, y se daría la caída de los conservadores. La única esperanza de éstos podía venir de la ayuda de Europa, y del establecimiento de una monarquía bajo la protección extranjera. Mucho antes de que el antagonismo llegara a ser tan definitivo y extremo, había empezado a ganar terreno la idea de que una monarquía era la única forma de gobierno que podía adaptarse al carácter de la sociedad mexicana, la única capaz de detener su decadencia; y el monarca había de ser el cabecilla de un partido, tenía que ser un príncipe europeo. Las negociaciones con este objeto se iniciaron desde 1846: actuando de concierto con quien entonces era el presidente,<sup>5</sup> los emisarios mexicanos se dirigieron al príncipe Metternich,<sup>6</sup> quien los recibió fríamente; luego fueron a Baviera<sup>7</sup> y luego a Francia, donde el plan fue acogido favorablemente, pero la revolución de 1848<sup>8</sup> lo interrumpió. La evolu-

<sup>5</sup> Mariano Paredes Arrillaga (1797-1846). Desconoció al presidente Santa Anna en octubre de 1843. El nuevo presidente, José Joaquín de Herrera, le confió la defensa del país ya en guerra con Estados Unidos, pero se sublevó y en enero de 1846 fue nombrado Presidente de la República por una junta de representantes departamentales designados por él mismo. Paredes pensaba que la mejor defensa contra Estados Unidos era constituir en México una monarquía regida por un soberano español.

<sup>6</sup> El nombre de la familia Metternich recorre la historia de Europa a lo largo del siglo XIX. El príncipe de Metternich (1773-1859) fue desde su juventud un acérrimo defensor del legitimismo y un político muy activo. Ayudó a organizar el Congreso de Viena de 1814 que intentaba restablecer el orden monárquico después de la Revolución francesa y del emperador Napoleón. Era conocido por su gran influencia en la política europea de la primera mitad del siglo XIX. Su hijo, Richard Clemens Lothar Metternich (1829-1895) heredó algunas de las relaciones y habilidades de su padre, y fungía como consejero de algunas cortes europeas.

El emisario mexicano a que alude lord Acton es José María Gutiérrez de Estrada, quien es autor, entre otros textos, de una "Carta dirigida al Excmo. Presidente de la República sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan a la República y opiniones del autor acerca del mismo asunto". México, 1840. También es autor de una comunicación directamente dirigida al príncipe Metternich, es decir el hijo del legendario estadista austriaco que estuvo muy cerca de Napoleón III a lo largo de la cuestión mexicana y célebre organizador del Congreso de Viena.

<sup>7</sup> En Baviera reinaba Maximiliano II (1811-1864), hijo de Luis I y Teresa de Saxe. Luego de un inicio liberal, su gobierno tiende al absolutismo. Trabajó activamente para crear una liga de pequeños príncipes germánicos para oponerse al poder prusiano-austríaco.

<sup>8</sup> Desde 1845 hasta 1847, en Francia, presidió el Consejo de Ministros Jean de Dieu Soult (1769-1851); lo sucede el escritor y político François Guizot (1787-1874), todos ellos bajo la monarquía del rey Luis Felipe de la Casa de Orleans, quien reinó desde 1830 hasta 1848. La revolución iniciada en Francia el 25 de febrero de 1848 creó las condicio-

ción de los acontecimientos en México lo revivió doce años más tarde. En 1857, el Partido Liberal trajo una nueva Constitución, que abrogaba los privilegios del clero y que incluía una ley contra la propiedad en manos muertas que obligaba a la conversión de los latifundios en dinero.<sup>9</sup>

Esta fue la señal de la guerra civil. Dirigidos por un hombre joven, Miguel Miramón,<sup>10</sup> quien a la edad de veintisiete años había demostrado una notable capacidad para la guerra, los conservadores tomaron posesión de la capital y su presidente fue reconocido por Europa. El Presidente Constitucional mantenía el importante puerto de Veracruz, y fue reconocido por Estados Unidos. Su nombre, destinado como el de su rival a una amplia y melancólica celebridad, era Benito Juárez.<sup>11</sup> Era un indio de pura raza, casi de sesenta años de edad. Había ascendido al poder gracias a su eminencia como abogado, y porque, en medio de la corrupción casi universal, se le reputaba incorruptible. A diferencia de los intrigantes y mercenarios que eran sus rivales, se había levantado lentamente, sin perfidia y sin violencia —un hombre paciente y de inmutable solidez y, por así decir, un hombre de las opiniones más independientes. Parecía que en el seno de este indio educado, ambicioso y exitoso, el odio de la raza oprimida hacia el opresor hubiese aflorado conformando una poderosa motivación política; y que estuviese luchando por la emancipación social y política de su pueblo cuando echó por tierra los privilegios y aniquiló el poder de la clase que los gobernaba. Profesaba los principios de 1789, los mismos que habían triunfado en Francia gracias a una guerra civil, a un reino

nes que llevarían al poder, primero presidencial (10 de diciembre de 1848), luego dictatorial (2 de diciembre de 1851, aniversario de la victoria de Napoleón I sobre Rusia y Austria) y finalmente imperial (2 de diciembre de 1852) a Napoleón III (1808-1873), quien supo jugar hábilmente con el temor a la restauración del poder de la nobleza y el miedo al fantasma rojo de la revolución social.

<sup>9</sup> La Constitución de 1857.

<sup>10</sup> Miguel de Miramón (1832-1867) fue el jefe del partido clerical que enfrentó a Benito Juárez y a los liberales. El 6 de enero de 1859 fue proclamado presidente pero fue depuesto por Zuloaga. En 1864, Maximiliano lo nombra primer ministro. El 19 de julio de 1867 cae fusilado junto con Maximiliano y Mejía.

<sup>11</sup> Benito Juárez (1806-1872). Las líneas que le dedica Acton a Juárez son parcas pero exactas. Aunque quizá sus simpatías se inclinaban hacia Maximiliano, la figura que de Benito Juárez se desprende en esta conferencia sorprende por un comprensivo respeto rayano en la estima admirativa.

del terror, a diez años de despotismo militar y sesenta de intermitente revolución. No había ninguna razón para pensar que podían tener éxito en un país tan atrasado como México, pero Juárez estaba dispuesto a perseverar. Como no había un sistema uniforme de impuestos, y todos los artículos manufacturados eran importados por mar, las aduanas eran la fuente principal de ingresos para el Estado. Para Juárez era una ventaja estar en posesión del puerto principal del país, y mientras se mantenía firme bajo el cañón de los guerreros europeos, cuidaba de no robar a los extranjeros para no hacerse de enemigos.

Miramón, allá en el interior, no tenía ni los mismos recursos ni la misma circunspección. No había otro dinero que el de los extranjeros o el de la Iglesia. Como no podía robar a su propio partido, decidió volverse hacia la otra fuente de recursos. Había usado su poder así, y su lugarteniente, Márquez,<sup>12</sup> actuó con tal ferocidad que el embajador inglés dejó México cuando Miramón se apoderó de una suma de 130 000 libras que los terratenientes británicos habían depositado en la legación. También contrajo un préstamo con el banquero suizo Jecker,<sup>13</sup> en términos tan exorbitantes que más bien parecía una estratagema para poner en aprietos a quienes le sucederían. Eventualmente, estas dos medidas serían fatales para Miramón, pues fueron la causa de la intervención europea.

<sup>12</sup> Leonardo Márquez Araujo (1820-1913) llegó a ser general en jefe y lugarteniente del Imperio. En 1864 fue enviado por Maximiliano con el encargo de procurar comprar para México los Santos Lugares. Al retirarse los franceses, Maximiliano le propuso a él y a Miramón que organizaran el ejército imperial. Maximiliano decidió nombrar a Márquez lugarteniente del Imperio y lo envió desde Querétaro, junto con Santiago Vidaurri, ministro de Hacienda, para que consiguiera refuerzos en México. Retuvo la capital durante 70 días pero el 19 de junio —el mismo día del fusilamiento de Maximiliano— renunció a su cargo y desapareció misteriosamente, para reaparecer meses después en La Habana.

<sup>13</sup> Jean B. Jecker (1810-1871), comerciante y accionista principal de la Casa Jecker, de la Torre y Compañía. Jecker se vio mezclado en diversas actividades comerciales cuyo común denominador era una desmedida ambición personal capaz de lesionar la soberanía nacional, como fue el caso de las minas de Arizona, las invasiones de los filibusteros franceses en Sonora y, en fin, los preludios de la Intervención francesa, precipitada por el préstamo al 90% de interés anual (los famosos “Bonos Jecker”) que hizo a Jecker Miguel Miramón. Juárez, al ocupar la silla presidencial, en enero de 1861, declaró nulo dicho contrato. Entre los socios de Jecker estaba el duque de Morny, medio hermano de Napoleón III. Esta situación es uno de los factores que dará cuerpo a la Intervención francesa.

Al prometer que restituiría el dinero robado, y que daría satisfacción a otras exigencias de los británicos, Juárez obtuvo de inmediato su reconocimiento por parte de Inglaterra. Hizo las mismas promesas a Francia. Con su apoyo moral, y comprometiéndose a no dejar en manos de sus propios partidarios las propiedades de la Iglesia, obtuvo los medios para expulsar a Miramón de México, y en 1861 fue electo presidente por un periodo de cuatro años. De inmediato despidió a los enviados del papa y de los españoles, decretó la confiscación absoluta de las tierras de la Iglesia<sup>14</sup> y llevó adelante con energía inflexible el triunfo de sus opiniones. Pero demostró ser incapaz como gobernante, y en extremo inequitativo para llevar a cabo la desesperada tarea de restaurar el orden en un país desconcertado por la pasión y arruinado por la anarquía.

El estado de los asuntos en el verano de 1861 es descrito por el embajador inglés<sup>15</sup> en los siguientes pasajes, que resultan importantes porque decidieron la política de Inglaterra:

“Mientras la presente administración, deshonesta e incapaz, siga en el poder, las cosas irán de mal en peor; pero con un gobierno conformado por hombres respetables, si es que pudieran encontrarse, los recursos del país son tan grandes que éste podría cumplir sus compromisos con facilidad, y aumentar al triple el monto de sus exportaciones, no sólo de metales preciosos, sino de todos aquellos productos por los cuales reciben a cambio bienes de manufactura británica. México proporciona dos terceras partes de la plata que circula ahora, y podría llegar a ser uno de los países más ricos y prósperos del mundo; por eso el interés de Gran Bretaña estriba en poner un alto, si es necesario por la fuerza, al presente estado de anarquía, y en insistir en que su gobierno vaya pagando lo que le debe a los súbditos británicos. Todas las clases respetables miran con esperanza la intervención extranjera, como el único medio posible de salvarlas de la ruina y de conjurar tanto la disolución de la Federación como un

<sup>14</sup> De hecho, el presidente Benito Juárez se limitó a llevar a la práctica la Ley de Desamortización o Ley Lerdo, el 25 de junio de 1856, cuyos 35 artículos establecían la forma de adjudicación y remate de las fincas eclesiásticas.

<sup>15</sup> Se trata de sir Charles L. Wyke, a quien las fuentes británicas proporcionan el título de Comisionado del gobierno de Su Majestad Británica en México. Naturalmente, dirigía sus informes diplomáticos a lord Russell, secretario de la Foreign Office en aquellos años.

alzamiento general de los indios contra la población blanca. La experiencia de cada día tiende invariablemente a comprobar el extremo absurdo de intentar gobernar el país con los muy limitados poderes concedidos al Ejecutivo por la actual Constitución ultraliberal, y no veo ninguna esperanza de mejoría a menos que provenga de una intervención extranjera, o de la formación de un gobierno racional, compuesto por los cabecillas del partido moderado, quienes, por el momento, están desprovistos de ánimo y fuerza moral, y temen hacer cualquier movimiento, a menos de contar con algún respaldo material proveniente del exterior. Si la pregunta es, ¿qué forma de gobierno sería la que mejor llevaría a la riqueza y al bienestar de México, mediante el establecimiento del orden y un estado de cosas estable y permanente?, no hay duda alguna de que una monarquía constitucional es la forma que con mayor probabilidad pudiera tener el poder central suficiente para ser capaz de consolidar la nación, quizá la única forma de gobierno que pudiese dar alguna esperanza de obtener tal resultado; pero como la pregunta no es qué es mejor para México, sino cuáles son los deseos del pueblo mexicano, temo que la respuesta sea que la gran masa de la población inteligente de México está a favor de las instituciones republicanas. Muchos individuos inteligentes y bien educados, dueños de una buena posición en la sociedad, tienen un deseo bien arraigado de un gobierno fuerte, pero infortunadamente esta gente es tímida y pasiva para la acción, y aunque esté dispuesta a aceptar lo que se haga por ella, es incapaz de hacer nada para convertir en realidad lo que desea.”

Como se revelaría pronto, estas palabras serían proféticas. La venta de las propiedades de la Iglesia se llevó a cabo muy desordenadamente, y el dinero fue saqueado. Una propuesta para dar satisfacción a las apremiantes exigencias europeas con dinero prestado por Estados Unidos, aunque administrado por el gobierno norteamericano, fue rechazada por el Senado y en julio de 1861 el Congreso Mexicano resolvió que todos los pagos a los acreedores europeos deberían suspenderse durante dos años.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> La Ley del 17 de julio de 1861, promulgada por el presidente Benito Juárez, establecía además que serían desconocidas todas las “convenciones extranjeras” concertadas para el pago de indemnizaciones pecuniarias. De hecho este decreto fue utilizado por Napoleón III como pretexto para emprender la Intervención y buscar entronizar a un príncipe europeo a la cabeza del gobierno mexicano.

Las potencias más involucradas en este acto de repudio —Francia, España y Gran Bretaña— decidieron ahora intervenir conjuntamente, y obtener por la fuerza de las armas alguna seguridad real para la propiedad de sus súbditos, y para el establecimiento, de ser necesario, de un gobierno más confiable. La coyuntura era favorable pues apenas se había iniciado la guerra civil<sup>17</sup> en Estados Unidos, y no había peligro inmediato de intervención desde ese frente. España tomó la iniciativa, su base militar en Cuba le daba la posibilidad de actuar con rapidez, no sin alguna intención apenas disimulada de recobrar sus antiguos dominios. Inglaterra la secundó con cautela, atenta únicamente a sus intereses mercantiles. Francia todavía no manifestaba sus intenciones, y probablemente todavía no las había madurado.

Las fuerzas aliadas, que ascendían a cerca de 6 000 hombres, sin medios de transporte ni pertrechos para realizar una campaña en el interior, fueron puestas bajo el mando de Prim,<sup>18</sup> el general español, un inteligente y ambicioso oficial de buena apariencia, pero un político caprichoso e inestable. A su llegada, el pueblo y el fuerte de Veracruz fueron evacuados por las tropas mexicanas. En esta situación extrema, Juárez se supo fortalecer poniendo a la cabeza del Ministerio al general Doblado,<sup>19</sup> cabecilla del partido moderado, un hombre cuya fama de cauto y diestro era muy

<sup>17</sup> La guerra civil o guerra de secesión se inicia el 12 de abril de 1861 con el ataque a Fort Sumter, en Charleston, Carolina del Sur, por parte del general confederado Pierre Beauregard. La guerra concluye cuando, en mayo de 1865, se rinden las últimas fuerzas confederadas, luego de la capitulación del general Joseph E. Johnston ante las fuerzas del general Sherman, cerca de Dirham, en Carolina del Norte.

<sup>18</sup> Juan Prim y Prats (1814-1870). Militar español, hijo de un notario acaudalado, nombrado conde de Reus y vizconde del Burch, capitán general de la isla de Puerto Rico, amigo de Napoleón III. Fue el jefe de la expedición española que invadió México en 1861 conforme a la Convención de Londres. Prim desembarca en Veracruz el 9 de enero de 1862, pero de acuerdo con el jefe inglés y los términos de la convención de Londres, decide no apoyar el proyecto francés de establecer una monarquía en México. Luego de conferenciar con Manuel Doblado se retira junto con el representante inglés. Fue atacado duramente por el Senado español.

<sup>19</sup> Manuel Doblado (1818-1865) se distinguió desde muy joven por su inteligencia y su habilidad como político, como lo prueba el hecho de que haya logrado firmar el Tratado de la Soledad que luego violaron los franceses. Acompañó a Juárez, primero a Saltillo y Monterrey y, luego, hasta Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez). Por razones de salud viajó a Nueva York, donde murió.

alta, y cuyos actos en el encargo oficial probarían que la tenía bien merecida. En enero de 1862 se expidió un decreto que ordenaba que a todos aquellos que tomaran las armas en contra de la República se les juzgara por una corte marcial y fueran ejecutados como traidores.<sup>20</sup> Esta es la ley por la cual habría de morir el Emperador, y la que le dio a su ejecución un carácter legal. Doblado tuvo una entrevista con Prim, se explayó sobre las deplorables condiciones del país, y convino en que las demandas legítimas de los aliados serían cabalmente cumplidas, con tal de que reconocieran al gobierno existente. A los aliados, que no estaban equipados para una campaña militar, estos términos les parecieron aceptables y le tomaron la palabra a Doblado. Pero el acuerdo tenía que ser enviado a Europa para su aprobación, y mientras eso sucedía se convino en que los aliados salieran de los pantanos pestilentes de Veracruz y llegaran a regiones más saludables, como las situadas en las primeras montañas y colinas. Esto los ponía dentro de la línea más alejada de las defensas mexicanas, y quedó estipulado que si no se ratificaban los acuerdos preliminares, antes de que se iniciaran las hostilidades, los aliados extranjeros se retirarían primero a la planicie de abajo.

Ahora tenían que puntualizarse las reclamaciones de las tres potencias. Las de España e Inglaterra eran claras y fácilmente enunciables. Los miembros de la comisión francesa exigieron, además de otras grandes sumas, tres millones de libras esterlinas para el banquero Jecker. Sus colegas protestaron contra estas exigencias excesivas. Afirmaron que la suma adelantada por el banquero a Miramón era solamente de 160 000 libras, y además hicieron ver que Jecker no era francés sino suizo, y que la custodia de los intereses suizos en México pertenecía a la legación norteamericana. De inmediato Jecker fue naturalizado francés, y el gobierno compró sus bonos. Para este propósito se enviaron varios agentes con instrucciones selladas hacia Estados Unidos; dos de ellos, cuando descubrieron la encomienda para la cual habían sido contratados, se deshicieron indignados de la comisión. Mientras esta transacción estaba atizando la discordia en el campo aliado, algunos exiliados mexicanos del partido conservador hicieron su

<sup>20</sup> El Decreto de enero de 1862 coincide con el inicio de la Intervención y el desembarco de las primeras tropas extranjeras.

aparición en Veracruz. Uno de ellos era Miramón. Fue arrestado y expulsado por el almirante británico, sobre la base de que la expedición no podía asociarse con un partido opositor al mismo tiempo que estaba reconociendo al gobierno del otro partido.

A Miramón lo siguió rápidamente el general Almonte, quien durante muchos años fue el agente principal del partido conservador en Europa y el consejero secreto del gobierno francés, hombre de elevado carácter y gran influencia.<sup>21</sup> Declaró que venía desde Francia con la misión de establecer un gobierno provisional, introducir una monarquía y procurar la elección del archiduque Maximiliano. Los comisionados inglés y español exigieron su expulsión, cuando llegó el general Lorencez<sup>22</sup> con refuerzos franceses, anunciando que Napoleón había rechazado el acuerdo con Doblado, que había enviado a Almonte a México, y que sólo deseaba la guerra. La alianza de las tres potencias se disolvió de inmediato; los españoles zarparon para Cuba en barcos ingleses, y Francia fue dejada sola a su suerte, para realizar el plan ya confesado de levantar un trono allende el Atlántico.

En los designios del emperador Napoleón,<sup>23</sup> la expedición mexicana era el primer paso hacia la ejecución de un esquema sencillo y magnífico,

<sup>21</sup> Juan Nepomuceno Almonte (1803-1868) inició muy joven su carrera militar, pues el congreso de Chilpancingo, en 1824, lo nombró general brigadier. Formó parte de la comisión que envió Morelos a Estados Unidos para buscar recursos y relaciones. Luego de una carrera militar, política y diplomática, formó parte de quienes ofrecen a Maximiliano la corona imperial, aunque ya desde años atrás había pedido —a nombre de Zuloaga y luego de Miramón— la intervención extranjera en México. Maximiliano lo hizo objeto de diversas distinciones y en 1866 lo nombró su representante para conseguir la permanencia de las tropas francesas en México, pero sus instrucciones fueron nulas. Murió en París, donde se había quedado luego de la caída del Imperio.

<sup>22</sup> Carlos Fernando Latrille, conde de Lorencez (1814-1892). Desde marzo de 1862 encabezó el cuerpo expedicionario francés en México al frente de 6 000 soldados. Fue sustituido en septiembre de ese año por el general Forcy, luego de haber sido rechazado tres veces por los defensores de la ciudad de Puebla. Este revés militar causó profundo desconcierto en el ejército y en las altas esferas de Francia.

<sup>23</sup> Napoleón III. Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), emperador de Francia. Fue hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y de Hortensia de Beauharnais. En diciembre de 1848 fue electo presidente de la Segunda República. Tres años después, gracias a un golpe de Estado, amplió sus facultades y poderes, y se coronó emperador en diciembre de 1852. Durante algún tiempo fue un factor de equilibrio entre las naciones de Europa,

al que dio por nombre el de "La regeneración del mundo latino". La antigua rivalidad entre Francia e Inglaterra se amplió hacia la rivalidad entre la raza latina y la anglo-sajona. Si remontamos nuestro pensamiento un siglo atrás, no será difícil encontrar en la historia de las dos naciones los motivos que sugirieron la idea. Apenas cien años antes, vastos territorios en Canadá, en el Misisipi y en las Indias Occidentales pertenecieron a la Corona de Francia, y aventureros franceses de gran audacia y destreza estaban sentando los cimientos de un imperio en Indostán. Una a una estas posesiones habían desaparecido, y Francia, vigilada por vecinos celosos, había perdido prácticamente el poder de expansión en Europa.

¿Cuál había sido, entre tanto, el progreso de Inglaterra? Las colonias que Francia ha perdido han sido casi todas ganadas por ella. Inglaterra, no Francia, empuña el cetro del Gran Mogol.<sup>24</sup> Su pueblo ha circunvalado el globo con una guirnalda de asentamientos británicos. Casi podría decirse que nuevos continentes han surgido en el sur del océano para recibir el flujo incesante de su población. Su imperio colonial es como un vivero de naciones poderosas que lleva a los más distantes lugares de la tierra el idioma y las leyes del hogar inglés. Jorge III<sup>25</sup> heredó dominios habitados quizá por diez millones de seres humanos. En Norteamérica, los hijos de nuestra raza están esperando el tiempo en que todo el continente sea suyo.

Pero en ese continente hay treinta millones de hombres, no de descendencia francesa, sino de una amalgama aliada al francés, que deriva su cultura literaria y su impulso intelectual de París, cuyo tráfico es llevado a tra-

---

pero su declive se inicia a partir de 1861 cuando atiende las intrigas tentadoras de los mexicanos residentes en Europa que veían la instauración de una anarquía en México. Las voces de la emperatriz Eugenia y de su medio hermano el conde de Morny fueron preparando su ánimo para emprender la malograda intervención. Acicateado primero por la ambición de apoderarse de las tierras de Sonora para su explotación minera y luego orillado por las fuerzas de Estados Unidos a retirar sus tropas de México, finalmente fue derrotado en la guerra franco-prusiana por el canciller Bismarck en 1870. Capturado en Sedan, fue encarcelado en Alemania y pasó sus últimos años enfermo y malhumorado en Chislehurst, Kent, Inglaterra.

<sup>24</sup> Se refiere al territorio dominado por el Imperio mogol (cuyos soberanos pertenecían a una dinastía mahometana), que actualmente comprende India y Pakistán.

<sup>25</sup> Jorge III (1738-1820) heredó de su abuelo Jorge II el trono de Gran Bretaña. Durante su reinado se perdieron las colonias en Norteamérica. A partir de 1810 su salud mental empezó a declinar y murió ciego y loco diez años después.

vés de puertos que miran a Francia como a su cabeza y se vuelven hacia ella en busca de protección para no ser absorbidos por una raza extranjera. El comercio de Francia con América del Sur es casi equiparable a su comercio con Estados Unidos, y es más provechoso para ésta porque se transporta en barcos franceses. En los diez años anteriores a la expedición, creció de 6 000 000 a 20 000 000 de libras. América del Sur es la más vasta y segura puerta que le queda al desarrollo del comercio de Francia, el mercado con mayores perspectivas de crecimiento para la industria francesa. Resultaba a todas luces manifiesto el interés de Francia en impedir que ese comercio cayera bajo el control de la estrecha política mercantil de Estados Unidos y en asegurar su propia influencia sobre naciones con semejante futuro. En palabras del Emperador: “No está en nuestro interés que Estados Unidos lleguen a apoderarse de todo el Golfo de México, las Antillas y América del Sur, y lleguen a ser los únicos distribuidores de lo que produce el Nuevo Mundo. La triste experiencia nos ha hecho ver cuán precario es el destino de una industria que se ve obligada a buscar su materia prima en un mercado único, bajo todas las vicisitudes a que está expuesto ese mercado.” El establecimiento de una colonia francesa en México habría contenido el progreso de la Unión hacia el Sur, y hubiera cortado al continente en dos.

Cuando Juárez repudió estos acuerdos con los acreedores europeos, los confederados<sup>26</sup> habían ganado sus primeras victorias, y el Norte no era capaz de repeler una intervención sobre su frontera. Poco después, los comisionados del sur fueron capturados a bordo del *Trent*,<sup>27</sup> e Inglaterra empezó a armarse. El emperador francés calculó que sería capaz de proseguir su tarea sin interrupción, y pensó que, en caso necesario, Inglaterra lo ayudaría a dar apoyo al Sur. En consecuencia, desde fines de 1861 empezó a prestar oídos atentos a los exiliados mexicanos, quienes

<sup>26</sup> Las primeras batallas de la guerra civil en Norteamérica las ganó el general Robert Edward Lee, quien era jefe del Ejército de Virginia del Norte. Pero en julio de 1863 fue vencido en la célebre batalla de Gettysburg y a partir de ese momento el ejército de los confederados se vio obligado a pelear solamente batallas defensivas.

<sup>27</sup> El 30 de noviembre de 1861 fueron capturados los agentes confederados comisionados cuyos apellidos eran Mason y Sliddell, por el vicealmirante Wilkes a bordo del *Trent*, que navegaba por el canal de las Bahamas.

se explayaban sobre los sufrimientos y potencialidades de su país, agitando ante sus ojos el anzuelo de la visión espléndida de una nación susceptible de ser regenerada por Francia. Lo convencieron de que la presencia de sus tropas sería bienvenida, que no habría resistencia seria, y que un poderoso partido se aliaría a su propósito. Con esta creencia, y con Almonte de su lado, los franceses avanzaron hacia México, con una fuerza de 6 000 hombres. El 5 de mayo de 1862 hicieron su aparición ante Puebla, la segunda ciudad del país, situada a medio camino de Veracruz y de la capital. Fueron recibidos con una estampida de cañonazos tan vigorosos que tuvieron que retirarse a una posición desde la cual fuera posible esperar refuerzos sin exponerse al peligro de ser desalojados. Después de ese revés militar, la opinión pública en Francia dio su apoyo para que el emperador despachara un ejército de 30 000 hombres, equipados con todos los pertrechos necesarios para la guerra. Desembarcaron en otoño, y el invierno transcurrió en preparativos.

Se había perdido un año completo antes de que cayera Puebla, tras una tenaz defensa, y en junio de 1863 los franceses hicieron su entrada en la ciudad de México. Los primeros reveses y las largas demoras de los franceses consolidaron enormemente la posición de Juárez. La invasión exaltó al dirigente indígena de un partido extremista transformándolo en un campeón de la dignidad y de la independencia de un país, y su tenacidad en sostener la causa no permitió que esa aura se alejara de él, ni siquiera en los peores momentos. La capital no estaba fortificada y, al aparecer los franceses, Juárez se llevó la silla de su gobierno a una de las ciudades del norte.<sup>28</sup>

Se instituyó un nuevo gobierno provisional; en él Almonte quedaba vinculado con el arzobispo de México y con una asamblea de notables, seleccionada y convenida por los franceses, que se reunió para decidir sobre

<sup>28</sup> Benito Juárez pasó primero por San Luis Potosí, en mayo de 1863, luego por Saltillo, en diciembre, y por Monterrey de abril de 1864 al 15 de agosto del mismo año. De ahí continuó su viaje hacia el norte para alcanzar finalmente Chihuahua, donde residió del 12 de octubre de 1864 al 5 de agosto de 1865. Poco después se retira a Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, donde se vence su periodo presidencial que él prorroga de inmediato por todo el tiempo necesario, fuera del término ordinario prescrito por la Constitución. Sigue su errancia por el norte de México durante fines de 1865 y todo 1866 hasta hacer su entrada triunfal el 15 de julio de 1867 en la ciudad de México.

el futuro del país. La mayoría de los hombres eminentes de la capital que habían sido invitados se negaron a asistir, y la asamblea quedó compuesta por los conservadores que seguían las órdenes de Almonte y de los franceses. Las órdenes eran proclamar una monarquía y ofrecer la corona al archiduque. El 8 de julio de 1863 fueron obedecidas. Las esperanzas largamente postergadas de los realistas mexicanos parecían estar a punto de cristalizar, cuando una delegación se dirigió a Europa para invitar al archiduque a que ascendiera al trono de Moctezuma. Fernando Maximiliano, el hermano menor del emperador de Austria, había ocupado durante mucho tiempo una posición peculiar y excepcional en su país natal.<sup>29</sup> Había circunstancias que lo hacían aparecer como un posible rival de su hermano; los muchos errores de Francisco José y la confianza menguante en su

<sup>29</sup> Fernando Maximiliano de Habsburgo (1832-1867) fue el segundo hijo de los archiducos Francisco Carlos y Sofía y fue por lo mismo el hermano menor del emperador de Austria-Hungría, Francisco José. Su preceptor, el conde Enrique de Bombelles, pudo influir por sus tendencias liberales en el carácter y el destino de Maximiliano, además de educarlo según un plan de estudios muy avanzados para su época. Fue destinado por deseo propio a la Marina y así pudo conocer Grecia, Italia, Francia, Tierra Santa, Egipto. Comandante en jefe y contraalmirante de la flota imperial austriaca desde 1854. Le presentó a su hermano un ambicioso plan para reorganizarla. Fue enviado a París en 1856 para informarse de los planes militares de Napoleón III. De vuelta a Austria y de paso por Bélgica conoce a la princesa Carlota, hija del rey Leopoldo I de Bélgica, con quien contraería nupcias el 27 de julio de 1857, el mismo año en que es nombrado gobernador de las provincias lombardo-venecianas. Poco antes visita Londres, invitado por la reina Victoria, y se gana las simpatías y buena voluntad de la familia real inglesa. Sus funciones de virrey en Milán no son fáciles pues tiene que hacer frente a las consecuencias de las represalias que Austria impuso al vencer los levantamientos populares de la Italia del norte en 1848, y su política liberal es censurada en Viena. Se le confía un encargo nominal: el mando de la Escuadra del Adriático. Poco después se retira a la vida privada y luego viaja a Brasil. Regresa a reunirse con su esposa Carlota para vivir con ella en el castillo de Miramar, que desde 1854 se había empezado a levantar siguiendo los planes indicados por él. Hacia 1860 empiezan a manifestarse los diversos acontecimientos que, luego de la guerra de Reforma, darán lugar a la Intervención. Y algunos monárquicos mexicanos, como el ya mencionado José María Gutiérrez Estrada (miembro eminente de la aristocracia terrateniente en Mérida, Yucatán) y don José Manuel Hidalgo, se acercan a Napoleón III en busca de un candidato para el trono de México. A partir de ahí empieza a fraguarse el sueño trágico del Imperio que concluirá la mañana del 19 de junio de 1867, cuando Maximiliano es fusilado en Querétaro junto con Miramón y Mejía. Como dato curioso hay que apuntar que lord Acton moriría un 19 de junio —pero de 1902—, y que su hijo, nacido en 1870, se llamó Ricardo Maximiliano.

suerte y en su capacidad de juicio mantenían viva la costumbre de volver la mirada hacia el archiduque, que estaba completamente excluido de la conducción de los asuntos de Estado y era considerado como un recurso posible en el último de los casos. Era dueño de algunas de las más altas cualidades de un gobernante: honestidad y firmeza en los propósitos, un corazón bondadoso y sincero, y una mente puesta en altos designios. A pesar de muchas y muy variadas experiencias, conservaba una facultad imaginativa poco práctica, que suele estar relacionada con una gran cultura, y además una cierta generosidad impetuosa que a veces empañaba el efecto de su sagacidad. Aunque sin duda era muy inteligente, resultaba tan frecuentemente víctima del engaño que debe haberle fallado algo en la facultad de juzgar a los hombres y de elegir amigos y aliados, virtudes sin las cuales no hay éxito en el gobierno. Su espíritu ardiente, orgulloso, invariablemente reservado, embebido en la insipidez ambiente, su egocentrismo y su incapacidad para lidiar en los asuntos de Austria, infundían cierta frialdad y sarcasmo a su carácter. Proferida en voz alta, su censura de la política vacilante de su hermano causó un distanciamiento entre ambos que fue creciendo cuando celebró su matrimonio con la hija del sabio Leopoldo:<sup>30</sup> ella era una mujer sagaz, hecha y derecha, cuya familia había venido

<sup>30</sup> Carlota, emperatriz de México (1840-1927), es decir, María Carlota Amelia Victoria Clementina Leopoldina, era hija de los reyes de Bélgica Leopoldo I y María Luisa de Orleans. A pesar de que su padre era luterano, fue educada, al igual que sus hermanos, en la religión católica. Su padre gozaba de gran prestigio internacional, era consejero del príncipe Alberto y de la reina Victoria y era considerado como el “juez de paz” de las cortes de Europa. Se casa con Maximiliano de Habsburgo en 1857, en una unión dictada por el amor. Comparte con Maximiliano en Milán las tareas de gobierno de las provincias lombardo-venecianas, y luego el retiro a la vida civil, después de los desengaños y desencuentros e intrigas a que se ven expuestos por la corte de Viena. En este espinoso contexto resulta plausible que haya prestado oídos atentos a las tentadoras proposiciones, primero de los mexicanos monarquistas y, luego, de los franceses. Su gestión como emperatriz no sólo atendió el decoro del boceto y abrió su interés a las obras de asistencia en beneficio de las clases necesitadas (fundó, por ejemplo, la Casa de Maternidad e Infancia), sino la suerte de los indios, su condición jurídica, sus manifestaciones artísticas. Sin embargo, su actitud y sus intenciones políticas no siempre fueron afortunadas. Viajó de regreso a Europa el viernes 13 de julio de 1866 para buscar —infructuosamente— que continuara el apoyo del ejército francés y de Napoleón III para el Imperio. El 27 de septiembre de 1866 tiene una audiencia con el papa. A partir de ese momento se desencadena la marcha de su locura. Morirá muchos años después (en 1927) en el castillo de Bouchot, donde la había recluido su familia.

a más al renunciar a aquellos principios de estricta legitimidad que Austria representa en especial. El archiduque fue el último gobernador austriaco de Lombardía. En ese ingrato oficio era imposible conciliar a los italianos, y él no podía servir permanentemente los intereses de su país. Pero hizo muchos amigos, y muchos hombres creían que hubiese podido desempeñar de buen grado el papel de ministro en un sistema menos impopular. Incluso se murmuraba que había acariciado la idea de erigir un trono para sí mismo en Lombardía y en Venecia, aparte de la monarquía austriaca. Al menos había abandonado lo suficiente los antiguos usos de la familia como para caer en Viena bajo la condena de la desconfianza y de la sospecha. Por la época de su matrimonio con la princesa real, Maximiliano visitó la corte británica e hizo ahí una impresión tan favorable que algunos lamentaron que no hubiese habido a mano para él una candidata. Pues ¿quién hubiese podido imaginar en ese momento que el prusiano reservado y carente de pretensiones iba a pasar a ser el niño mimado de la victoria,<sup>31</sup> mientras que al genial, franco y brillante austriaco le estaba destinada una muerte de traidor? Él consagró su cuidadosa devoción a la Marina, un departamento que invariablemente había sido descuidado en Austria, y las virtudes de su administración se hicieron manifiestas cuando la flota que él había creado ganó la mayor batalla marítima de nuestro tiempo. La guerra de 1859 lo privó de esta alta posición, y de ahí se siguieron reproches y recriminaciones que lo apartaron todavía más del emperador. Se paseaba en su castillo de Miramar,<sup>32</sup> en la punta del Adriático, lamentando sus talentos perdidos, una carrera arruinada y una ambición insatisfecha.

Muy pronto el proyecto de una nueva aventura se abrió ante él. Por una extraña fatalidad, su esposa, la hija de una princesa de la Casa de Orleans, era una bonapartista entusiasta, y no sólo admiraba sino que depositaba su confianza en el emperador Napoleón. Cuando éste, en conse-

<sup>31</sup> Se refiere a Otto, príncipe de Bismarck (1815-1898), también conocido como el canciller Bismarck, autor de la unificación de Alemania; militar y político de elevada estatura, vencedor de Napoleón III en la guerra franco-alemana de 1870 en la que, por cierto, participarían muchos de los oficiales que tomaron parte en la Intervención de México.

<sup>32</sup> Castillo de Miramar: Maximiliano hizo construir este castillo cerca de Trieste, según planos que él mismo había diseñado. En ese castillo se firmaron, en abril de 1864, los convenios de Miramar entre Napoleón III y Maximiliano.

cuencia, propuso traspasarle su conquista al archiduque, con la esperanza de reconciliarse con Austria, la archiduquesa Carlota apremió a su esposo para que aceptara. Su inestable posición debe haberse tornado por demás fastidiosa para ella, pues cuando más tarde dejaron su casa, Maximiliano lloró amargamente, y ella no manifestó otras emociones que la alegría y la esperanza. El gobierno de su hermano empleó poderosas medidas para disuadirlo de que aceptara, y se decidió que tenía que renunciar a su lugar en la sucesión, y ser contado en el último sitio después de todos los príncipes del linaje.

Cuando se le dio a conocer el voto de la Asamblea de Notables,<sup>33</sup> él replicó que no podía aceptar la corona a menos que se le asegurara el respaldo de las grandes potencias o hasta que le fuese ofrecida por la libre elección de todo el pueblo mexicano. Los franceses son diestros en el arte de manipular la maquinaria de la elección espontánea y, en abril de 1864, una segunda delegación llevó a Miramar un cetro hecho de oro mexicano asegurándole que la nación toda lo había elegido como emperador. En realidad, los franceses tenían dominada una porción muy pequeña del país, y la más vasta mayoría ni siquiera estaba empadronada para poder votar. Donde los franceses estaban presentes no había ninguna dificultad seria, aunque en algunos lugares los habitantes principales eran encarcelados antes de que pudiesen manifestar o no su adhesión. Maximiliano fue plenamente informado de que la presunta elección no era más que una farsa ceremoniosa. Un republicano mexicano<sup>34</sup> logró abrirse paso hasta Miramar, y le advirtió que los sentimientos reales del país le eran adversos, y que la expedición podía terminar en un desastre.

<sup>33</sup> El 11 de junio, Forey “[...] expidió un decreto para la formación de una Junta Superior de Gobierno, compuesta por treinta y cinco personas, que nombraría tres ciudadanos para que ejercieran el Poder Ejecutivo, y dos suplentes, y eligiera a doscientos quince individuos que en unión de la Junta formarían la Asamblea de Notables. Por acuerdo del 1º de julio, la Asamblea de Notables dio el título de Regencia al Poder Ejecutivo.” (*Historia general de México 2000*. México, El Colegio de México, 2000, pp. 614 y ss.). Esta regencia designó a la comisión que llevó a Miramar la oferta de la corona imperial a Maximiliano.

<sup>34</sup> El 3 de marzo de 1864 visitó al futuro emperador Maximiliano el abogado y diplomático Jesús Terán (1821-1866), ministro plenipotenciario del gobierno liberal encabezado por Benito Juárez. Intentó en vano convencer a Maximiliano de que desistiera. Murió en París en 1864; sus restos fueron repatriados en 1952.

Pero las promesas de Francia eran por demás seductoras. El ejército francés estaba a punto de concluir la pacificación del país, y un poderoso cuerpo iba a ser dejado al servicio de Maximiliano durante varios años. Francia negoció un préstamo en su favor, y diecisiete baúles repletos de monedas de oro llegaron hasta Miramar. El archiduque no estaba en posición de desdeñar tales estímulos; su fortuna privada estaba en desorden y las primeras 30 000 libras del préstamo mexicano fueron para pagar sus deudas. Surgieron otros puntos que han sido mantenidos en secreto, y los amigos de Maximiliano todavía esperan algunas revelaciones importantes.

Durante su juicio instruyó a su representante legal para que dijera que Napoleón había exigido la cesión de una parte del territorio mexicano tan grande como Gran Bretaña, y que él, indignado, se había negado a desmembrar el país que le había dado una corona. La había aceptado en un momento en que subía la marea del éxito en la guerra norteamericana y ahora las expectativas de la Confederación ya no eran esperanzadoras.<sup>35</sup> El archiduque exigió una promesa de que sería respaldado por una alianza militar en caso de guerra con Estados Unidos, y se afirma categóricamente que Napoleón accedió a dicho compromiso. Accedió en la creencia de que Inglaterra se adheriría al reconocimiento del Sur en caso de que llegara a verse que su resistencia pudiera ser aplastada sin ayuda de Europa, y llegó un momento en que Napoleón le hizo a lord Palmerston<sup>36</sup> la propuesta de un reconocimiento conjunto. El azar quiso que dos de los estadistas más eminentes del Ministerio británico hicieran discursos en las provincias que parecían mostrar una disposición favorable a los confederados; y el emperador creyó que arrastrarían a sus colegas con ellos. Éste fue el más grave y erróneo cálculo que hizo en todo el *affaire* mexicano. Tomando una de las resoluciones más importantes nunca adoptada por un

<sup>35</sup> A partir de julio de 1863, fecha de la batalla de Gettysburg en que es derrotado el general R.E. Lee, empieza la cuenta regresiva que culminará con la derrota del ejército confederado.

<sup>36</sup> Henry John Temple Palmerston (1784-1865) fue ministro de Asuntos Extranjeros y primer ministro de Gran Bretaña en los años conflictivos que van de 1830 a 1865, fecha de su fallecimiento. Aunque de talante liberal, era contrario a las exigencias de la nueva cultura democrática que surgió después de la Revolución francesa.

Ministerio, el gabinete británico rechazó la propuesta, y el emperador se hundió en una guerra mano a mano con Estados Unidos.

Maximiliano, de su lado, decidió pagar un millón al año mientras los franceses permanecieran en México, y liquidar todas las deudas acumuladas que Juárez había rechazado. De hecho, se sometió a condiciones imposibles de satisfacer, y dio principio a una empresa predestinada a la ruina financiera. Llegó a México en junio de 1864, y fue recibido, si no cálida, sí favorablemente. Durante todo un año, los franceses habían controlado el país por medio de un gobierno provisional, con éxito militar casi ininterrumpido. Pero se encontraron con una dificultad de un género tan inesperado como formidable. A Juárez le había tomado más de dos años lograr deshacerse del clero, y sus propiedades habían pasado a manos de especuladores, en su mayoría extranjeros, quienes, se creía, no serían fácilmente obligados a restituirlas. El partido de la Iglesia había pedido una intervención con la esperanza de recobrar esas pérdidas, y cuando los franceses pusieron a los líderes de ese partido a la cabeza del Estado, éstos prefirieron dar razón a sus propias demandas personales, con seguras esperanzas de éxito.

En Francia la Iglesia es subsidiada por el Estado, y no posee ninguna propiedad independiente. Los franceses supusieron que la práctica vigente en su propio país podía no ser inapropiada para México, donde sería necesaria una revolución para restaurar el antiguo orden, y donde el clero no podía compararse con el sacerdocio asalariado de Francia. La demanda fue rechazada sumariamente. El episcopado se unió para denunciar a los invasores sacrílegos, y el arzobispo dejó de ser miembro del gobierno provisional. Por el momento la ruptura era completa y la única esperanza del clero estaba en Maximiliano. Él sabía que, para que un soberano tenga fuerza, no debe identificarse con ningún partido. Su misión estaba en conciliar y llevar juntos intereses lastimados por años de antagonismos. Al declinar la corona por primera vez, había dado a entender que aceptaría recibirla sólo como un obsequio de la nación toda. Al aceptarla más adelante, hizo saber que se consideraba a sí mismo el elegido de la nación, no el designado por un interés poderoso. Desde el momento mismo de su llegada, empuñó el ramo de olivo de los liberales, y buscó su confianza dándoles un lugar y ofreciéndoles empleo y poder. Muchos aceptaron sus ofrecimientos,

y se vio rodeado por hombres que odiaban a quienes lo habían ayudado a sentarse en el trono. Al adoptar esta política fue imposible trazar una línea, examinar antecedentes o rechazar completamente a cualquier candidato por consideraciones amistosas. El emperador solía quedar decepcionado, y perdía por un lado sin ganar por otro.

Luego de una prolongada demora, que exasperó a los vacilantes poseedores de las propiedades de la Iglesia tanto como a aquellos que habían sido despojados, Maximiliano tomó la decisión de que todas las ventas legales debían ser confirmadas, y revisadas todas aquellas que fuesen fraudulentas, pero que nada sería restituido al clero si debía ser pagado por el Estado. El nuncio<sup>37</sup> se peleó con él sobre este punto, y dejó el país. Irritado por la actitud hostil del clero, Maximiliano fue más allá, y restableció lo que era llamado el *exequatur*, una ley que prohibía la publicación de cualquier documento sobre asuntos eclesiásticos si no contaba con el consentimiento del poder civil. Esta norma había sido abrogada por su hermano, en Austria; por el gobierno italiano, el año anterior, e incluso en México por Juárez, quien adoptó, a este respecto, un principio de observancia voluntaria. No podía ser defendida como una ley liberal, y su restitución parecía más bien una bofetada a la independencia de la religión. El clero alegó que no se había llevado el peso de la guerra civil y traído un ejército extranjero al país sólo para que un príncipe elegido por ellos mismos llegara para confirmar los decretos que hacían de su propiedad el botín de sus enemigos.

Declararon que su posición era peor bajo su amigo de lo que lo había sido bajo su perseguidor, Juárez. En consecuencia, retiraron su apoyo, observaron una hostil neutralidad, esperando el momento en el que el emperador, tan propenso a los extremos, estuviese listo para comprar su ayuda al precio de cualquier sacrificio que ellos llegaran a exigir. En ciertos casos, llegaron hasta atizar la oposición republicana.

<sup>37</sup> Pedro Francisco Meglia fue el nuncio papal enviado a Maximiliano por el papa Pío IX. Antes había sido arzobispo titular de Damasco y secretario de la Nunciatura en París. Su intransigencia, que de hecho hacía eco a la del propio papa, chocó con las ideas liberales de Maximiliano y de Carlota y declaró que entre su posición —la devolución de los bienes de la Iglesia— y las de los emperadores había un abismo insondable. Por si fuera poco, publicó una carta en la cual hacía públicas sus desavenencias. Esta última imprudencia precipitó su partida de México, y la idea de Napoleón III, del papa y del propio Maximiliano de firmar un concordato entre México y el Vaticano se malogró.

Éste fue el primer gran y visible desastre en que incurrió el Imperio. Otro muy pronto sería inminente. La habilidad financiera, rara en cualquier país, no era fácil de encontrar en México; y Napoleón, quien deseaba que su creación tuviese éxito, envió desde Francia a un alto funcionario del tesoro, acompañado de un equipo de contadores. Pero el consejero importado de la hacienda francesa murió, y no pudo ser remplazado.<sup>38</sup> Las finanzas sufrieron tal quebranto que Maximiliano se vio obligado a pedir dinero a las arcas del ejército francés, y cayó así en poder de su comandante. Como no podía cumplir sus compromisos con el emperador Napoleón, era culpable de una ruptura del tratado firmado entre ambos, y le dio a Francia una excusa para que, llegado el momento, quedara justificada por su lado la ruptura del acuerdo de buena fe.

En lo general, el año 1865 transcurrió sin novedad. Maximiliano visitó muchas ciudades, vio lo que pudo con sus propios ojos y consagró su tiempo a la fabricación de decretos por medio de los cuales tenía la esperanza de regenerar el país. En general, estos decretos son sensatos y justos; se orientan en el buen sentido, pero no siempre por el camino adecuado, y en ellos la ornamentación superflua suele usurpar el lugar de las cosas más difíciles pero más esenciales. Maximiliano era un educador ansioso y decidido, y su celo es digno de todo elogio pues el noventa por ciento de la gente no sabía leer ni escribir. Pero se demuestra una ausencia completa de sentido práctico cuando, en una comunidad ayuna de los primeros elementos de la instrucción popular, el soberano funda una academia de ciencias e inculca en sus ministros, con la mayor gravedad, la importancia de alentar el estudio de la metafísica. Se encontró a sí mismo en la rara posición de un creador de leyes llamado a legislar en un país en el que todo estaba por hacer, y él disfrutaba el lujo de llevar a cabo, al menos sobre el papel, sistemas incubados en los días de retiro visionario. Le faltaron el tiempo y la fuerza para ejecutar mucho de lo que había planeado.

<sup>38</sup> Se refiere al señor Langlais, consejero de Estado y alto funcionario de Hacienda en Francia, muy apreciado por Napoleón III quien, en carta a Maximiliano, le dice: "Le envío al Sr. Langlais, consejero de Estado y hombre de la mayor probidad y de valor real. Es una perla con la cual espero que su majestad sepa adornar su diadema" (carta de Napoleón III a Maximiliano, 22.VIII.1865, en Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 607).

Hubo una cuestión que solicitaba un acto de alto y generoso estadismo. Los indígenas habían sido reducidos por su pobreza y falta de energía a la condición de siervos. Estaban en deuda con sus terratenientes, y todo el trabajo desesperanzado de sus vidas, sin posibilidad alguna de beneficio o liberación, se debía a sus acreedores. Habían saludado la llegada de Maximiliano como el amanecer de su liberación, y él pudo haberlos transformado en el motor voluntarioso del trono imperial. En las 800 000 millas cuadradas de México, pobladas por 8 000 000 de habitantes, pero capaces de dar sustento a 100 000 000, hubiese sido fácil, sin despojar a nadie, distribuir la tierra de los antiguos propietarios entre los campesinos. Maximiliano adoptó una medida a medias. Abolió las deudas de los indios haciéndolos libres,<sup>39</sup> pero no hizo más, y los dejó caer, bajo la presión de los antiguos litigios, en la vieja degradación. Los indios no estaban satisfechos y los terratenientes estaban desconcertados.

Algo, pero no suficiente, se hizo en pro de la creación de un ejército nativo capaz de defender la Corona y el país una vez que los franceses se hubieran ido. Se formó un regimiento belga y un austriaco, pero no respondieron a las expectativas. Junto a los franceses, el cuerpo militar más eficiente era la división de Mejía,<sup>40</sup> el general indígena, un hombre de fama impecable. Pero los franceses tuvieron éxito en todo aquello que emprendieron durante el año de 1865. Las fuerzas liberales estaban dispersas, muchos de sus generales se sometieron, y Juárez, teniendo que

<sup>39</sup> En una carta de Maximiliano a su suegro el rey Leopoldo, escrita desde la hacienda de Jalapilla, en Orizaba, el 12 de mayo de 1865, le decía: "Pero los mejores son y siguen siendo los indios; para ellos he promulgado ahora una nueva ley que crea un consejo que deberá ocuparse de ayudarlos atendiendo a sus deseos, quejas y necesidades. Esta medida parece haber producido muy buena impresión en todo el país." Citada en Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 346.

<sup>40</sup> Tomas Mejía (1820-1867). Militar conservador, se adhirió a la Intervención y al Imperio participando en diversos combates como las tomas de Ciudad Victoria y Matamoros, plaza que defendió con éxito contra las fuerzas del general Mariano Escobedo que sitiaban el puerto (del 22 de octubre al 8 de noviembre de 1865). Por estos hechos recibió una felicitación del emperador Maximiliano. Durante el sitio de Querétaro se portó con valentía y arrojo hasta que fue hecho prisionero y fusilado junto con el emperador Maximiliano el 19 de julio de 1867 en el Cerro de las Campanas.

desplazarse de un lugar a otro, desapareció al final en cierto punto del extremo norte de México, en la frontera norteamericana, a más de mil millas de la capital. Se decía que se había escapado hacia Estados Unidos. También en estos días expiraron los cuatro años para los cuales había sido electo presidente, y era imposible convocar a un Congreso para realizar una nueva elección. Muchos de sus seguidores sostenían que había dejado de gobernar, y el vicepresidente Ortega,<sup>41</sup> el defensor de Puebla, pedía el puesto vacante. La estricta legalidad, que había sido la fuerza de la posición de Juárez, estaba seriamente averiada, y su autoridad había sido incuestionablemente sacudida. El país estaba en un estado lastimoso de miseria e inseguridad. Los saqueadores y los asesinos hacían de las suyas disfrazándose de combatientes reales. La guerra en México suele ser difícilmente distinguible del robo a mano armada y, como el plan de los liberales era combatir en pequeñas bandas guerrilleras, no era fácil trazar la línea que separa al soldado del bandido. El gobierno pensó que ya era tiempo de acabar con aquellas bandas y de proteger a sus habitantes contra sus incursiones. La victoria sobre el ejército regular fue completa, y cuando ya había concluido la resistencia organizada, parecía que los hombres que infestaban los caminos no merecían el tratamiento de prisioneros de guerra.

El 2 de octubre Maximiliano publicó un decreto ordenando que se fusilara a todo aquel que fuese sorprendido con las armas en la mano y, al firmarlo, firmó su propia sentencia de muerte. Inmediatamente después

<sup>41</sup> Jesús González Ortega (1822-1881). Militar improvisado no exento de ilustración, González Ortega tuvo una brillante carrera militar —venció a Miramón y a sus tropas compuestas por destacados oficiales conservadores. Fue elegido presidente de la Suprema Corte de Justicia, puesto que le daba la Vicepresidencia de la República. A la muerte del general Zaragoza se le nombró jefe del Ejército de Oriente. Defendió la ciudad de Puebla contra los franceses durante 62 días hasta que enterró los cañones y se entregó como prisionero a los franceses, pero escapó en Orizaba cuando ya lo llevaban hacia Estados Unidos rumbo a Francia. Al concluir el periodo para el cual Juárez había sido nombrado presidente, un grupo de militares y civiles mexicanos le pidieron a Juárez que le entregara el mando en su calidad de vicepresidente y presidente de la Suprema Corte de Justicia, pero se prorrogó por decreto el periodo presidencial y Ortega fue perseguido por haber abandonado el país sin permiso. En 1866 lanzó un manifiesto contra Juárez y sin embargo resultó elegido diputado. Murió en Santillo luego de haber sido nombrado general por el presidente Manuel González.

de su publicación, una fuerza republicana, comandada por Arteaga,<sup>42</sup> fue derrotada, y sus jefes capturados. Obedeciendo la nueva orden, el general imperial Méndez<sup>43</sup> procedió a darles muerte. Pero, aunque dispersos y desanimados, los liberales no estaban destruidos. Un informe preparado para el emperador en noviembre de 1865 estimaba que su fuerza alcanzaba los 24 000 hombres y decía que Juárez no había abandonado la lucha. Permanecía en territorio mexicano, en un pueblo del río Bravo, desde el cual una lancha lo podía llevar en unos cuantos minutos a la orilla en el país vecino, y mantenía contacto permanente con los generales de su partido. Ahí esperaba la liberación que él sabía próxima. Pues en ese momento, a finales de 1865, su causa fue tomada por un aliado tan poderoso y tan temible que podía ser capaz de expulsar a los franceses de México y hacer polvo el Imperio, sin disparar un solo tiro ni desperdiciar una sola vida humana.

Estados Unidos había visto la intervención y la erección del Imperio con angustia y alarma. Sabía que había surgido de un deseo de menguar su influencia, y no podía ser indiferente a la presencia de un ejército europeo en su frontera mientras estaba agobiado por una guerra civil. Negaba que el Imperio fuese fruto de la libre elección de los mexicanos, y desaprobaba profundamente a un emperador que era absoluto pues retenía en sus manos todos los poderes del Estado. Se negó a reconocerlo, pero permaneció neutral, decidido a no actuar hasta no hacerlo en forma decisiva. Rechazó varios planes para ayudar a Juárez a cambio de tierras, y declinó no sólo las propuestas de Napoleón y las de Juárez, sino una mucho más tentadora. Durante el sitio de Richmond, los confederados propusieron que los dos ejércitos se unieran para la conquista de México y de Canadá, pero el Norte se negó.

<sup>42</sup> José María Arteaga (1827-1865), brillante e ilustre militar liberal. Muy joven fue nombrado coronel y luego general durante la guerra de Reforma. Fue gobernador de Querétaro y de Jalisco. Por sus méritos contra los invasores fue nombrado general de división en 1864. Las fuerzas del general Méndez lo hicieron prisionero en Santa Ana, Amacatlán, y fue fusilado en Uruapan, Michoacán.

<sup>43</sup> Ramón Méndez (1834-1867) fue soldado en las filas conservadoras y participó activamente al lado de los imperialistas. Combatió contra José María Arteaga y Carlos Salazar y los hizo fusilar. Más tarde participó en la defensa de Querétaro y fue fusilado al caer la plaza en cuya defensa se distinguió.

Cuando terminó la guerra de secesión,<sup>44</sup> el gobierno de Washington sólo tuvo que aplicar una pequeña presión diplomática al emperador Napoleón para apresurar el retiro de sus tropas. La presión pronto tomó la forma de amenazas, y Napoleón cedió a toda velocidad. En Europa se desarrollaban acontecimientos que apremiaban su impaciencia, para que Maximiliano le devolviera sus legiones. En junio de 1866 la guerra estalló en Italia y en Alemania, y en la primera semana de julio los prusianos dieron un golpe que puso a temblar a media Europa, amenazando la supremacía militar y el orgullo de Francia. En estas circunstancias, era seguro que el lenguaje ofensivo de Estados Unidos no podía pasarse por alto, y Seward<sup>45</sup> usó esta ventaja con cruel complacencia. Napoleón informó a Maximiliano que debía bastarse a sí mismo, y le anunció al gobierno norteamericano que se retiraría de México en marzo de 1867.

Los rumores de esta extraña correspondencia y de su probable resultado llegaron a México, y dieron a los liberales nuevos ánimos. Maximiliano le había negado a 25 000 soldados confederados el permiso para que se establecieran en sus territorios; pero algunas de esas fuerzas dispersas se abrieron paso hacia los ejércitos de Juárez, y en junio de 1866, la importante ciudad de Matamoros, defendida por Mejía, tuvo que capitular ante Escobedo.<sup>46</sup> A partir de ese revés, la fortuna empezó a cambiar

<sup>44</sup> La guerra de secesión o guerra civil entre los estados de la Unión americana se inició el 12 de abril de 1861 y concluyó en mayo de 1865 al rendirse las últimas fuerzas confederadas.

<sup>45</sup> William Henry Seward (1801-1872) fue secretario de Estado del gobierno norteamericano entre 1861 y 1869, es decir con Abraham Lincoln durante los años de la guerra, luego de que el general Lee evacuara Richmond el 2 de abril y de que el 9 Courthouse capitulara en Appomatox. Luego de la rendición de Appomatox, a instancias de Matías Romero, embajador mexicano en Washington, el gobierno norteamericano envió a Texas varios regimientos. El despliegue de esas fuerzas alineadas a lo largo del río Bravo influyó decisivamente en el ánimo de Napoleón III y, a partir de ese momento, se hizo inevitable la retirada del ejército francés. De ahí que todos los historiadores reconozcan la deuda contraída por el gobierno de Juárez con el ejército de Estados Unidos. (Véase Richard Blaire McCornack, "Juárez y la armada norteamericana", en *Historia Mexicana*, núm. 24, Vol. VI, abril-junio de 1957. México, El Colegio de México, pp. 492-509.)

<sup>46</sup> Mariano Escobedo (1827-1902), adoptó en 1854 el Plan de Ayala, participó en la guerra de Reforma e hizo toda la campaña contra los franceses. Participó en la toma de Querétaro, donde ya era jefe de las operaciones del ejército republicano, designado por Juárez. Gobernador de Nuevo León y de San Luis Potosí, diputado, ministro de Guerra y Ma-

con rapidez, y los franceses tuvieron que empezar a retirarse de los puestos más distantes, mientras enjambres de liberales aparecían por todas partes.

Cuando Maximiliano conoció las volubles intenciones de Napoleón,<sup>47</sup> anticipó el final, y habló de abdicación. La emperatriz lo convenció de que se quedara, mientras ella emprendía un viaje a Europa. Ella obligaría al emperador a cumplir sus promesas. Induciría al papa a reconciliar al clero con el Imperio. Fracásó completamente en ambos intentos, y en su última entrevista con Pío IX,<sup>48</sup> advirtiendo que no había lugar para ninguna esperanza, se volvió loca. Desde principios de octubre las noticias llegaron a su marido, y entonces todo su valor se hizo polvo. No hacía mucho había cambiado un ministro liberal por uno conservador, y había ofrecido a dos generales franceses los principales departamentos. Pero Napoleón les había prohibido aceptar, y todavía no llegaba ninguna ayuda substancial por parte del clero. Agobiado por la enfermedad y la pena, abandonado por todos lados y sabiendo que su Imperio se desmoronaba, Maximiliano salió hacia la costa con una indefinida intención de zarpar a Europa. El consejero al que mayor confianza le tenía, el que había acompañado a Europa a la emperatriz,<sup>49</sup> intentó en esta coyuntura sacarlo de ahí apelando a

rina y presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar. Las fuerzas de Mariano Escobedo tomaron el puerto de Matamoros, defendido por las fuerzas de Mejía, el 28 de junio de 1866, luego de un asedio.

<sup>47</sup> Léonce Détroyat (1829-1898) llegó a México con el fin de dirigir las finanzas del Imperio. Lefá, hablaba y escribía bien el español. En 1865 se le designó director general de la Marina en México y un poco después subsecretario de Estado. En 1866 sale a Europa acompañando a la emperatriz Carlota. Fue uno de los pocos que, comprobando la realidad de las cosas, aconsejó al emperador Maximiliano que abdicara: “se juega la suerte del Imperio, ha caído el velo —según decía—, vuestra Majestad debe renunciar”. Con las consecuencias ocasionadas, no fue escuchado. El velo al que se refería era el de las intenciones de Napoleón III de romper sus promesas de apoyo militar al Imperio mexicano de Maximiliano.

<sup>48</sup> Giovanni María Mastai Ferretti, luego conocido como Pío IX (1792-1878), ejerció un largo pontificado desde 1846 hasta su muerte. Durante su pontificado fue hecho prisionero en dos ocasiones, primero en 1849 por la República de Manzini y luego por el monarca Víctor Manuel en 1870, quien tomó Roma. Durante su prolongado y agitado pontificado celebró concordatos y canonizaciones innumerables, proclamó fiestas y lanzó encíclicas en las que puede leerse entre líneas la historia de la Iglesia por esos años. La entrevista de Carlota con el papa tuvo lugar el 27 de septiembre de 1866.

<sup>49</sup> Stephen Herzfeld.

su ambición. Describió el descontento de los austriacos humillados y le aseguró que deseaban que su hermano abdicara mientras las simpatías hacia él crecían por todo el país.

Francisco José estaba al corriente de esta intriga, pero hizo un último esfuerzo por salvar a su hermano restituyéndole, si regresaba, su posición a la cabeza de los príncipes de su sangre. Un edecán de Napoleón llegó a México para apresurar la salida de las tropas y recibió instrucciones de emplear todos los medios, salvo la fuerza, para inducir a Maximiliano a que abdicara. A los franceses no les gustaba la deshonra de dejarlo abandonado a su suerte, y esperaban, si dejaba de reinar, hacer sus propios acuerdos con los mexicanos, y dejar detrás de ellos un gobierno que no les fuese completamente hostil. No se podía ocultar que la expedición había sido un gigantesco fracaso, perjudicial y humillante para la reputación del ejército y la estabilidad del trono. Pero el golpe podía ser más contundente si el hombre contra el cual habían hecho la guerra durante cuatro años y con quien se habían negado a tener trato alguno, permanecía incommovible en su cargo, victorioso sobre las armas y sobre las artes de Napoleón III. Era tan grande su apremio que Maximiliano se sintió insultado y terminó creyendo que había sido traicionado.

Mientras titubeaba y vagaba a lo largo de la costa, apareció una fragata norteamericana en Veracruz transportando al general Sherman y a Campbell<sup>50</sup> como agentes acreditados ante Juárez. Habían zarpado de Nueva York el 11 de noviembre, cuando se suponía que Maximiliano había abdicado dejando a los franceses en el país. El gobierno en Washington había decidido que en ese caso su candidato, y no el de Napoleón, debía prevalecer. Campbell estaba encargado de brindar apoyo y ayuda a la República, y la presencia del soldado más capaz de la Unión indicaba ostensiblemente de qué índole iba a ser tal asistencia. Cuando estos enviados descubrieron que Maximiliano no se había ido, comprendieron que su misión era

<sup>50</sup> William T. Sherman (1820-1891) fue general de la Unión durante la guerra civil. Su hermano John (1823-1900) fue embajador y político. Viajó en compañía del embajador Lewis David Campbell (1811-1882) el 22 de noviembre de 1866, con autorización para ofrecer al presidente Juárez el apoyo moral de Estados Unidos y el uso de la fuerza militar para ayudar a la restauración de la República. Campbell permanecería en México en calidad de embajador hasta 1868.

un fiasco y se retiraron. El emperador no podía creer que un ministro norteamericano, escoltado por un personaje como Sherman, hubiese venido hasta Veracruz y luego se hubiese ido sin hacer nada. Se convenció de que Francia y Estados Unidos habían llegado a un acuerdo, y habían entrado a una subasta cuyo precio era su corona. Las apremiantes invitaciones a irse junto con los franceses le parecieron pérfidas, y pensó que sería deshonroso que su vida fuese salvada por los mismos que habían jugado a las apuestas con su trono.

Mientras tanto, el partido de la Iglesia, que durante tanto tiempo se mantuvo fríamente distanciado, pensó que había llegado el momento de imponer sus propias condiciones. Se expuso al emperador que, con la desaparición de los invasores, se esfumaría la causa de su impopularidad, y que ahora lo apoyarían los buenos patriotas que se habían negado a reconocer a alguien designado por una potencia extranjera. Miramón<sup>51</sup> llegó desde Europa en el momento crítico y ofreció su espada a Maximiliano. El embajador de Prusia<sup>52</sup> también le aconsejó permanecer. El clero prometió su poderosa ayuda, y él cedió. No había nada que esperar de Europa. Ninguna carrera pública estaba abierta para el hombre que había fracasado tan ostentosamente en una empresa que él mismo había buscado. Si antes en Austria su posición había sido angustiosa, ahora sería intolerable. Se había peleado con su familia, con su Iglesia, con el protector a cuyas tentaciones había prestado oídos. Y para él ya no podía darse la felicidad del hogar doméstico.

En México no había esperanzas por las cuales vivir, pero aún existía una causa por la cual sería glorioso morir. Tenía amigos a quienes no podía dejar perecer expiando las medidas que habían sido su obra. Sabía cual sería la venganza de los vencedores. Sabía que quienes le habían sido más fieles serían seguramente objeto de una carnicería, y consideraba que él, a quien nunca se había visto en un campo de batalla, no tenía derecho a escaparse sin pelear. Probablemente sentía que cuando un monarca no puede conservar su trono, nada puede ser mejor para él que cavar su tumba

<sup>51</sup> Miramón había sido enviado a Europa por Maximiliano para que tomara cursos de estrategia militar en Alemania y así alejarlo del ejército.

<sup>52</sup> El barón Magnus.

bajo sus ruinas. Se rindió, y hurafío regresó lentamente a la capital. Quién sabe qué concesiones pudo arrancar al partido en cuyas manos estaba. Pero le dirigió una carta al papa expresando su pena por la política en la que había fracasado, y en Roma, donde alguna vez fue considerado como un perseguidor e incluso como un apóstata, la carta fue saludada como una retractación solemne y cabal.

A partir de ese momento Maximiliano ya no fue la cabeza de un gobierno nacional sino un cabecilla sectario que ni siquiera tenía el control de su propio partido. Dejó de lado la pompa de la majestad, y vivió en casas privadas, especialmente como huésped del clero. Declaró que sólo era provisionalmente el jefe del Estado, y que se mantendría en el cargo sólo hasta que una asamblea nacional decidiera cuál sería el futuro de México. Invitó a Juárez a someter su causa al mismo arbitraje pacífico, y propuso que hubiese una amnistía general para detener el derramamiento de sangre. Los liberales sólo vieron en todo esto signos de debilidad, y de que su propio triunfo se acercaba. No opusieron obstáculos a los franceses que se iban, pero rodearon en número abrumador al débil ejército del Imperio.

La derrota de Miramón en el camino del Gran Norte<sup>53</sup> obligó a Maximiliano a presentarse en el campo de batalla. Por primera vez se puso a sí mismo a la cabeza de sus tropas, y se reunió con Miramón en Querétaro. Hace un año en este día<sup>54</sup> fue rodeado y sitiado por Escobedo a la cabeza de un ejército que subió rápidamente a más de 40 000 hombres. Márquez fue enviado a México por refuerzos pero nunca regresó, y gastó el poco tiempo que le quedaba en sacar dinero a los habitantes. El sitio avanzaba lentamente, y el 24 de abril Miramón hizo una salida exitosa y abrió por un momento el camino hacia la capital. Pero los hombres estaban exhaustos por la pelea, y el emperador se negó a abandonarlos. Declaró que no había ido a Querétaro a huir del peligro. A quienes lo vieron durante estos días ansiosos, hosco y envejecido, con una larga

<sup>53</sup> Al regreso de su misión en Berlín, Miramón es nombrado por Maximiliano jefe de uno de los tres grandes cuerpos en que se dividió el ejército imperial. Realizó un ataque a Zacatecas, estuvo a punto de aprehender a Juárez pero finalmente fue derrotado y volvió a Querétaro donde participó valientemente en la defensa de la plaza.

<sup>54</sup> O sea, el 10 de marzo de 1867, día en que lord Acton leyó esta conferencia.

barba cayendo sobre su pecho y el signo de la desesperación en los ojos, conduciendo la defensa y constantemente bajo fuego, les pareció que anhelaba la gloriosa muerte del soldado. Al cabo los pertrechos estuvieron a punto de agotarse, la certeza de la traición de Márquez dispuso toda esperanza de ayuda, y se resolvió que la guarnición intentaría abrirse camino a través del enemigo el 15 de mayo. Era demasiado tarde. Desde hacía cuatro días, López,<sup>55</sup> el segundo oficial al mando, había estado en comunicación con Escobedo y había aceptado un soborno de 1 400 libras. Tarde en la noche del día 14, vio al emperador; y luego, a las dos de la mañana, metió a un general liberal en el fuerte. Este general estaba disfrazado y llevaba ocultas las armas. Permaneció dos horas y examinó las maniobras por dentro. Entonces López hizo retirar a los centinelas y sus puestos fueron sigilosamente ocupados por los soldados de Riva Palacio,<sup>56</sup> el único oficial que había sido exceptuado por su nombre del decreto de octubre.

Al despuntar el día, las campanas de las iglesias de Querétaro anunciaron al campo liberal que se había ganado el lugar. El traidor subió al cuarto del emperador y le dijo que el enemigo estaba en la ciudad. Maximiliano salió precipitadamente pero fue detenido por los soldados liberales que no lo reconocieron. López le susurró al oficial quién era. Entonces el generoso mexicano le cedió al emperador el paso pretendiendo que lo tomaba por un civil; y se escapó a una posición fortificada a cierta distan-

<sup>55</sup> Miguel López (?-1891) acompañó a Maximiliano desde su llegada a México formando parte de su séquito y durante el primer viaje de los emperadores cabalgó al lado de la ventanilla de la diligencia. Bazaine le tenía aprecio y le concedió la cruz de oficial de la Legión de Honor. Años más tarde publicaría un panfleto en que exculpaba su traición: *À ses concitoyens et au monde*, México, 31 de julio de 1907.

<sup>56</sup> Vicente Riva Palacio (1832-1896), político y escritor hijo de Mariano Riva Palacio (1803-1880), defensor de Maximiliano durante el proceso que se le siguió. Vicente Riva Palacio fue un hombre caballeroso y culto, de límpida prosapia liberal pues descendía por su madre, doña Dolores Guerrero, del general Vicente Guerrero. Se recibió como abogado, rechazó la cartera de Hacienda que le fue ofrecida por Benito Juárez y abrazó las armas en cuanto se inició la Intervención francesa. A la muerte del general Arteaga, lo sucedió como jefe del Ejército del Centro. Participó en el sitio de Toluca y de Querétaro. Fue un escritor prolífico, valioso y popular. Además fue el editor de la famosa obra *México a través de los siglos* y del periódico *El Ahuehuete*. También es célebre por sus novelas históricas y gratos versos satíricos y de combate.

cia. Ahí se le unió el fiel Mejía, y todos los oficiales y hombres que pudieron abrirse paso a través de las columnas de los liberales que ahora caían sobre la ciudad. Sólo Miramón intentó una desesperada resistencia. Un disparo lo alcanzó en la cara y cayó, cegado por su sangre, en manos de sus enemigos.

La posición ocupada por los imperialistas fue barrida por la artillería, no pudo ser defendida, y a las ocho de la noche se rindieron. Entre los prisioneros estaba Méndez, el causante de que el decreto de octubre se ejecutara sobre Arteaga<sup>57</sup> y sus compañeros. Fue ejecutado el mismo día. El emperador fue encerrado junto con Miramón y Mejía, en una celda del convento de las capuchinas, y se les anunció que serían juzgados por una corte marcial, según el decreto de enero. A partir de ese momento Maximiliano ya no conservó ninguna esperanza de vida. Le regaló su caballo de guerra a Riva Palacio, el más gentil de sus enemigos, y telegrafió a México al ministro de Prusia pidiendo consejo legal para preparar su defensa.

México ya estaba sitiado por un ejército liberal, y la ciudad era bombardeada con proyectiles vacíos rellenos con telegramas que proclamaban la caída de Querétaro. Pero Márquez, el más aborrecido de los generales imperiales, quería ganar tiempo y suprimió las noticias. Maximiliano había depositado su abdicación en las manos del presidente del Consejo para que la hiciera pública en caso de que muriera o cayera prisionero; pero Márquez lo obligó a mantenerla en secreto e impidió durante algunos días la partida de los abogados defensores que habían sido convocados. El más eminente de éstos era el abogado Riva Palacio, el padre del general, un influente republicano que había rechazado todas las solicitudes para servir al emperador en los días de poder. Los otros parecen haber sido menos distinguidos pero habían sido elegidos entre los liberales. El embajador de Prusia, el barón Magnus, había vivido con el emperador en la intimidad y había sido uno de los consejeros de la expedición que tan fatalmente terminaría. Ninguna potencia europea estaba menos involucrada en los asuntos mexicanos o podía ser menos perjudicial para el partido dominante, y se pensaba que el barón Magnus sería el mejor mediador.

<sup>57</sup> Véase nota 42, sobre José María Arteaga y nota 43, sobre Ramón Méndez.

La sede del gobierno estaba en la ciudad de San Luis, a 200 millas de Querétaro, pero el telégrafo las comunicaba. Dos abogados se quedaron con el emperador, mientras Riva Palacio y el embajador de Prusia partieron rumbo a San Luis para interceder ante Juárez. La corte marcial que juzgaría a los prisioneros se dio cita en el escenario del teatro de Querétaro en la mañana del viernes 14 de junio. La sala estaba iluminada y llena de espectadores. Maximiliano había estado enfermo en cama durante varios días, y el respeto hacia sí mismo le prohibía aparecer en tal escenario. Los dos generales fueron presentados. Su caso era a todas luces desesperado; y sin embargo el abogado de Mejía causó una profunda impresión cuando pidió para su cliente la misma clemencia que a pesar de los severos decretos había mostrado siempre hacia sus cautivos, y llamó a Escobedo para que dijera cómo había sido tratado cuando había sido prisionero de Mejía. La defensa de Miramón fue menos digna y menos leal. Alegó que no había tenido ningún mando mientras los franceses estuvieron en el país, que él había sido hostil al Imperio que lo había enviado a Europa en una misión inútil, y que había ofrecido sus servicios al jefe de la República. Estos hechos eran ciertos; y en París, Miramón había dicho abiertamente que el fin de la Intervención era hacerlo presidente de nuevo a él. Maximiliano sabía todo esto, y sabía la manera en que plantearía su defensa. Esto no debe olvidarse cuando lleguemos a la última escena y veamos cómo el emperador se dirigió hacia el soldado gallardo pero ambicioso que había estado dispuesto a desertar de la causa en la que él iba a morir.

Los puntos más fuertes en la acusación contra Maximiliano eran que había conocido el decreto de enero de 1862 que había sido publicado mucho antes de que él llegara; que la necesidad de un apoyo extranjero le debía haber probado que no era el soberano legítimo de la Nación, y que no podía justificar el decreto de octubre cuya aplicación le había costado la vida a 40 000 mexicanos (cifra muy exagerada); que era responsable de la continuación de la guerra civil después de la salida de los franceses y de la introducción de soldados belgas y austriacos cuyos gobiernos no estaban en guerra con la República, y que en consecuencia habían llegado en carácter de filibusteros o de asesinos. La respuesta a estos cargos fue estrecha y técnica y poco digna de la ocasión. Equivalía en substancia a lo que había dicho el emperador mismo: "Pueden ustedes discutir

sobre la probabilidad original de mi éxito, pero no de la sinceridad de mis motivos.” Por lo que hace al decreto de octubre de 1862, sus abogados desafiaron a la fiscalía a que nombrara un solo caso en que él hubiese negado un perdón.

Poco antes de la medianoche del 15, los prisioneros fueron declarados culpables y, al ser confirmada su sentencia por Escobedo en la mañana del domingo, se les informó que serían fusilados a las tres del mismo día. Mientras tanto, el desenlace del juicio había sido previsto, y los amigos del emperador rogaban a Juárez su perdón. Desde el punto de vista de la eficacia política, su posición era indudablemente más favorable que la de los hombres restringidos a los argumentos legales. Durante la guerra con México una lucha mucho más mortífera había desplegado su furia allende la frontera norteamericana. El autor de la secesión no era un extranjero como Maximiliano, sino un ciudadano del país en el que había conspirado. Él también había sido derrotado y capturado, y entonces, mientras las monarquías europeas suprimían la revolución con crueldad atroz, Jefferson Davis<sup>58</sup> había sido puesto en libertad por la gran República. En consecuencia, el honor de las instituciones republicanas estaba en las manos de Juárez, y requería que México siguiera el ejemplo de la clemencia triunfante, y que no dejara translucir ni odio hacia el pasado ni alarma temerosa hacia el futuro.

El presidente y su ministro Lerdo<sup>59</sup> escucharon en forma paciente pero fría. Dijeron que Europa no era capaz de dar ninguna garantía de que no volvería a proseguir en el mismo intento, que, aun a pesar de sí mismo, Maximiliano continuaría siendo un pretexto y un llamado vivo a reunir a la facción que lo había entronizado y, en fin, un instrumento por medio del cual las potencias extranjeras, cuando hubiese alguna complicación,

<sup>58</sup> Jefferson Davis (1808-1889). Agricultor, productor de algodón, militar y político. Defendió el derecho de secesión y de formar una Confederación del Sur a la que terminó presidiendo durante la guerra civil. Fue encarcelado el 10 de mayo de 1865, pero en 1867 se le autorizó trasladarse a Canadá.

<sup>59</sup> Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889), hermano menor de Miguel, uno de los promotores de las leyes de Reforma, gozó de la confianza de Juárez y lo acompañó en su peregrinaje por el norte de la República durante la invasión francesa y el Imperio. Se dice que influyó en el ánimo de Juárez inclinándolo al rigor en el fusilamiento de Maximiliano. Fue uno de los políticos liberales más beligerantes y controvertidos.

podrían ganar un partido en el país. El decreto de octubre pedía a gritos ser expiado, y la muerte de su autor les permitiría salvar al resto. Muchos mexicanos habían encontrado la muerte por el decreto de enero, y el castigo de los de abajo no podía justificarse si la cabeza era perdonada. Parecían creer que si las puertas de la República estaban marcadas por la sangre de un príncipe, el ángel de la destrucción pasaría de largo. No mostraron ninguna inclinación a hacer descansar en otros la responsabilidad de su acto, pero resulta difícil creer que fue decidido por una razón de Estado desapasionadamente sopesada.

Juárez sólo poseía una autoridad precaria sobre el ejército; y el ejército, enardecido por la lucha, estaba sediento de vengar a sus camaradas ejecutados como asesinos. Podemos imaginar cuáles serían sus sentimientos hacia el extranjero cuyo título había sido un voto extraído por las bayonetas de los invasores, el que había ordenado que sus paisanos y que ellos mismos fueran sacrificados y que ahora estaba convicto por haber sido un estafador y un usurpador, abanderado del partido más débil. Es probable que el autor real de la ejecución del emperador haya sido Escobedo, y que Juárez haya sido impotente para salvarlo. Cuando llegó a San Luis la noticia de que moriría en tres horas, el embajador de Prusia pidió una breve demora. Sabía que Maximiliano tenía asuntos pendientes que arreglar antes de morir, y había cierta esperanza de que alguna intercesión extranjera llegara a tiempo para salvar su vida. Pero el gobierno norteamericano, a petición del emperador de Austria, ya había intercedido por su hermano, y lo había hecho en vano. Se concedió una demora de tres días, pero la orden no llegó a Querétaro sino en el último momento, cuando los prisioneros ya estaban listos para la muerte inmediata. Es cierto que, por lo que tocaba a sí mismo, Maximiliano no tenía ninguna esperanza y estaba perfectamente resignado. Un informe de que su mujer había muerto lo hizo enfrentar con alegría su último destino. En la víspera de su ejecución telegrafió a Juárez pidiéndole ser la única víctima.

A las seis de la mañana del jueves 19 de junio fue conducido hacia la fatalidad que no había merecido. Su último acto antes de ir hacia el lugar de la ejecución fue escribir la siguiente carta a su implacable conquistador: "Renuncio a mi vida voluntariamente, si el sacrificio puede promover el bienestar de mi nuevo país. Pero nada saludable puede crecer de un suelo

saturado de sangre, y por eso lo conmino a que la mía sea la última derramada. La fortaleza con que usted ha sostenido la causa que triunfa ahora ganó mi admiración en días más felices, y ruego porque no mengüe en la obra pacífica de conciliación que está por llegar.” Cuando llegaron al lugar indicado, dio dinero a los soldados bajo cuyas manos iba a caer, pidiéndoles que apuntaran al corazón pues deseaba que su madre pudiese ver su rostro de nuevo. El oficial que iba a dar la orden de “fuego” le aseguró que detestaba ese deber, y le rogó que no muriera con una sombra de resentimiento hacia él. Maximiliano se lo agradeció y dijo que debía obedecer las órdenes. Mejía estaba en la mayor aflicción y abatimiento. Su esposa acababa de darle un hijo, y cuando dejaba la prisión la vio correr por las calles gritando enloquecida con el niño en sus brazos. El emperador se despidió de él afectuosamente diciendo: “General, lo que no es compensado en la tierra lo será en el cielo”. Estaba de pie entre los dos mexicanos; pero ya sea por humildad o magnanimidad, o bien obedeciendo una memoria sagrada y solemne que se presentó a su mente en ese último y horrible momento, se volvió hacia Miramón y le dijo que en estima de su valentía le iba a ceder el sitio de honor. Sus últimas palabras fueron: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi patria adoptiva! ¡Que Dios salve a México!” Luego cruzó sus manos sobre su pecho y cayó atravesado por nueve balas.

Cayó, y en su caída se llevó con él la independencia del pueblo al que había venido a salvar. Desde entonces, nada subsiste que pueda detener permanentemente el asalto de Estados Unidos en la anexión de la América española. Si tienen la prudencia de evitar la guerra con Europa y la suficiente sabiduría para arreglar entre sí sus propias discrepancias, podrán acaso alcanzar la más gloriosa herencia que la tierra depara. La conquista de la América española puede ser fácil y segura, pero está sembrada de peligros. Una confederación pierde su verdadero carácter cuando se gobierna sobre colonias; y una democracia vive una vida amenazada cuando admite a millones de seres de una raza extraña e inferior que no puede ser ni asimilada ni absorbida. Es más probable que los norteamericanos logren atar a sus vecinos mediante tratados que sean capaces de abrir todo el continente a su propio influjo y empresa, sin destruir su existencia autónoma.

La memoria del extranjero de cabellos suaves que consagró su vida al bien de México, y que murió por una culpa que no era la suya, vivirá entre la gente por la cual luchó en vano, en el dolor antes que en la ira. Desde ahora podemos pronunciar el veredicto de la historia sobre su triste carrera —su peor crimen fue aceptar el regalo traidor del Imperio pero su desgracia fue mayor que su falta. Pienso que era con mucho el más noble de su raza y que cumplió la promesa encerrada en sus palabras: “La fama de mis antepasados no degenerará en mí.”



# CRONOLOGÍA DE LORD ACTON

Preparada por  
Manuel Álvarez Tardío  
(1999)



- 1834 Acton nace en Nápoles.
- 1837 Fallece su padre, sir Ferdinand Richard Edgard Acton.
- 1840 Su madre contrae segundo matrimonio con lord Leveson Coger, conde de Granville.
- 1842 Estudia en Francia con monseñor Dupanloup.
- 1843 Ingresa en el St. Mary College de Oscott.
- 1850 Va a Munich para estudiar con Ignaz von Döllinger.
- 1853 Acompaña a lord Ellesmere en un viaje a Estados Unidos de América.
- 1856 Viaja a Rusia y a Francia.
- 1857 Visita Italia y Roma con Döllinger.
- 1858 Publica "Reflexiones políticas sobre la Iglesia".
- 1859 Se hace copropietario de la publicación mensual católica *The Rambler*, donde publicará sus primeros artículos.
- 1859-1865 Diputado whig por el distrito irlandés de Carlow.
- 1860 Fallece su madre, lady Granville.
- 1861 Publica "Cavour" y "Las causas políticas de la revolución americana".
- 1862 *The Rambler* es sustituida por la publicación trimestral *The Home and Foreign Review*, de la que es propietario y editor.
- Publica "Nacionalidad" y "La teoría protestante de la persecución".
- 1863 Publica "Ultramontanismo".
- 1864 Cierre de *The Home and Foreign Review*.
- Publica "Conflictos con Roma".
- Pío IX publica el *Syllabus*.
- 1865 Contrae matrimonio con Marie von Arco-Valley.
- Manning es nombrado nuevo arzobispo de Westminster, en sustitución de Wiseman.
- 1865-1866 Diputado por Bridgenorth.
- 1866 Nace su primera hija, Mary Elisabeth, que vivirá hasta 1955.
- Pronuncia en Bridgenorth una conferencia sobre "La guerra civil de América".
- Realiza investigaciones sobre el Concilio de Trento.
- 1867 Colabora en el semanario *The Chronicle*, que cerrará en 1868, pasando entonces a colaborar con la publicación trimestral *North British Review*.

- 1868** Termina su carrera parlamentaria.
- Nace su segunda hija, Annie, que vivirá hasta 1917.
- El 10 de marzo leyó en la Literary and Scientific Institution de Bridgnorth su célebre conferencia “The Rise and Fall of the Mexican Empire”, que fue publicada en el *Bridgnorth Journal*. Ha sido reimpressa en sus *Historical Essays* (pp. 214-242). Aquí se toma de *Lord Acton: Selected Writings*, vol. III. *Historiography, Adresses, Essays and Lectures*. Ed. J. Rufus Fears. Indianapolis, Liberty Classics/Liberty Fund, 1985, pp. 173-197. Este ensayo ha sido considerado como la conferencia pública más acabada y fina de cuantas dio lord Acton.
- 1869** Se establece en Roma para seguir el Concilio Vaticano I.
- El gobierno de Gladstone propone su nombramiento como par.
- Se publican las “Quirinus Letters” en Alemania.
- Publica “El Concilio vaticano”.
- 1870** Nace su primer hijo varón, Richard Maximilian, que vivirá hasta 1924.
- 1871** Döllinger y un grupo de católicos alemanes son excomulgados. Fundan la Iglesia de los Católicos Viejos.
- 1872** Recibe el doctorado honorario de la Universidad de Munich.
- Cesa la publicación de *North British Review*.
- 1873** Nace su segundo hijo varón, John, que vivirá sólo diez meses.
- Es nombrado doctor honoris causa en derecho por la Universidad de Cambridge.
- 1874-1875** Gladstone publica “The Vatican Decrees in their Bearing on Civil Allegiance”.
- Acton le contesta con cuatro cartas abiertas a *The Times*.
- Nace su tercera hija, Elizabeth, que vivirá sólo siete años.
- 1876** Nace su última hija, Jeanne Marie, que vivirá hasta 1919.
- 1877** Pronuncia en Bridgnorth dos conferencias: “La historia de la libertad en la Antigüedad” y “La historia de la libertad en el cristianismo”.
- 1878** Muerte de Pío IX y ascenso al papado de León XIII.
- Publica la recensión sobre *La democracia en Europa* de sir Erskine May.
- 1880-1885** Gladstone se hace cargo por segunda vez del gobierno.
- Discusión del Irish Home Rule.
- 1886** Contribuye a la fundación de la *English Historical Review*, de la que

- es editor Creighton.
- 1889 Es nombrado doctor honoris causa en derecho civil por la Universidad de Oxford.
- 1890 Es elegido miembro de honor del All Souls de Oxford.
- 1892 Es nombrado Lord-in-Waiting de la reina Victoria, puesto que conservará hasta 1895.
- 1895 Es nombrado Regius Professor of Modern History de la Universidad de Cambridge.
- Lee su “Lección inaugural sobre el estudio de la historia”.
- Imparte dos cursos de conferencias sobre historia moderna y la Revolución francesa.
- 1899 Se hace cargo de la edición de la *Historia moderna* de Cambridge.
- 1902 Muere en Tegernsee (Baviera) a los sesenta y ocho años.



## BIBLIOGRAFÍA

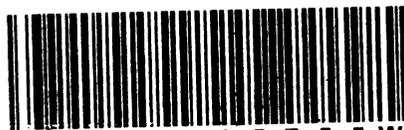


- FIGGIS, J.N., y R.V. LAURENCE [eds.], *Lectures on Modern History*, MacMillan, Londres, 1906.
- , *Historical Essays and Studies*, MacMillan, Londres, 1907.
- , *The History of Freedom and Other Essays*, MacMillan, Londres, 1907.
- , *Lectures on the French Revolution*, MacMillan, Londres, 1910.
- WOODRUFF, D. [ed.], *Essays and Church and State*, Hollis and Carter, Londres, 1952.
- HIMMELFARB, G. [ed.], *Essays on Freedom and Power*, Beacon Press, Boston, 1948.  
Hay también una edición inglesa: Thames and Hudson, Londres, 1956.
- MCCORNACK, Richard Blaire, “Juárez y la armada norteamericana”, en *Historia Mexicana*, núm. 24, vol. VI, abril-junio de 1957. México, El Colegio de México, pp. 492-509.
- ACTON, Lord, *Ensayos sobre la libertad y el poder* [traducción de Enrique Tierno Galván; presentación de Gertrude Himmelfarb]. Madrid, Instituto de Estudios Políticos de Madrid, 1959.
- , “The Civil War in America: Its Place in History”, en: John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton. Essays in the History of Liberty*, vol. I [pp. 263-279], [edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.
- , “Reports on the Civil War in America”, en John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Selected Writings of Lord Acton. Essays in the History of Liberty*, vol. I [pp. 280-360], [edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.
- , “The Rise and Fall of the Mexican Empire”, en: John Emerich Edward Dalberg-Acton, First Baron Acton, *Essays in the Study and Writing of History*, vol. II [pp. 173-197], [edited by J. Rufus Fears]. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.
- MCNEILL, W.H. [ed.], *Essays in the Liberal Interpretation of History; Selected Papers*, The University Chicago Press, Chicago, 1967.
- MCÉLRATH, D. [ed.], *Lord Acton: The Decisive Decade, 1864-1874. Essays and Documents*. Bibliothèque de la Revue d'histoire ecclésiastique, Lovaina, 1970.
- , *Lord Acton and the First Vatican Council*, Catholic Theological Faculty, Sydney, 1975.
- , *Lord Acton in America*, Patmos Press, Shepherdstown, 1979.
- FEARS, J.R. [ed.], *Essays in the History of Liberty (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. I. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.

- FEARS, J.R. [ed.], *Essays in the Study and Writing of History (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. II. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.
- FEARS, J.R. [ed.], *Essays in Religion, Politics and Morality (Selected Writings of Lord Acton)*, vol. III. Indianapolis, Liberty Fund, 1985.
- Constitución Federal Mexicana de 1857*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990.
- WERFEL, Franz, *Juárez y Maximiliano* [Prólogo de Jorge Luis Borges; traducción de Enrique Jiménez D.]. Secretaría de Cultura de Jalisco, Col. Bajo el Volcán. 1ª ed., 1925; reed., 1993.
- Historia general de México*. México, El Colegio de México, 2000.
- PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, 1ª ed., México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.
- NAPOLEÓN III, "Carta a Maximiliano" [22.VIII.1865] en: Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota* [trad. de Vicente Caridad]; ed. original en alemán, 1924. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- CONTE CORTI, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota* [trad. de Vicente Caridad]. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- HABSBURGO, Maximiliano de, *Máximas mínimas de Maximiliano* [Prólogo de Fernando del Paso; traducción de José Linares y Luis Méndez; epílogo de Luigi Amara]. México, Tumbona Ediciones, 2006.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la [Introducción, selección y notas], *La Intervención francesa y el triunfo de la República*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Esta edición no venal de  
*Surgimiento y caída del Imperio mexicano,*  
de lord Acton,  
se terminó de imprimir en septiembre de 2006  
en los talleres de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.,  
Calle 2, núm. 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.  
Tipografía y formación a cargo de  
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.  
Cuidaron la edición Adolfo Castañón y Antonio Bolívar.

BIBLIOTECA  
INVENTARIO 2015  
DANIEL COSIO VILLEGAS



3 9 0 5 0 8 0 5 7 5 5 W



El libro que el lector tiene en sus manos es el primero de una colección que se conformó en tres distintas series, “Los libros de la Casa”, que incluye textos de autores que en un momento u otro estuvieron ligados con la institución; “Efemérides”, que incluirá publicaciones con un afán conmemorativo de aniversarios, celebraciones y homenajes, y “Los amigos de la Casa”, que publicará textos de autores relacionados de una u otra manera con El Colegio de México. Esta colección tiene su antecedente en las publicaciones que se realizaron con motivo de los sesenta años de esta institución, como el *Catálogo histórico, la Memoria 1938-2000*, y posteriormente las *Llamadas* de Daniel Cosío Villegas y *Tres salvaciones del siglo XVIII español*, de Rafael Segovia. Estas publicaciones recuperan la tradición de rigor y sobriedad editorial que distingue y ha distinguido a los libros de El Colegio de México